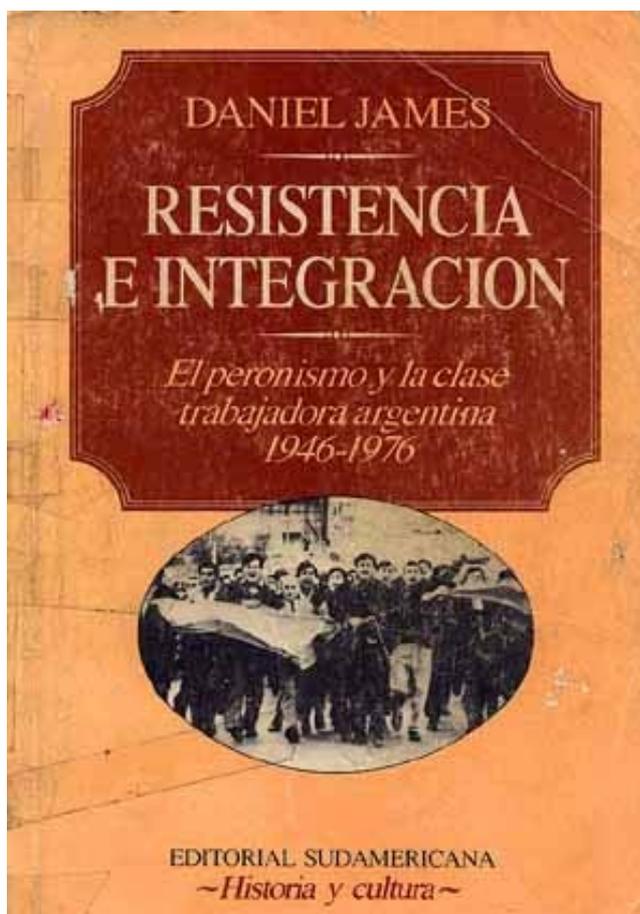


RESISTENCIA E INTEGRACIÓN

El peronismo y la clase trabajadora
argentina 1946-1976

Daniel James



Editorial Sudamericana

Colección Historia y Cultura,
dirigida por Luis Alberto Romero

EDITORIAL SUDAMERICANA

Buenos Aires, 1990

Este material se utiliza con fines
exclusivamente didácticos

ÍNDICE

Agradecimientos 9

Introducción 11

PRIMERA PARTE

Los antecedentes

1.El peronismo y la clase trabajadora, 1943-55 19

SEGUNDA PARTE

La resistencia peronista, 1955-58

2. Supervivencia del peronismo: la resistencia en las fábricas 69

3. Comandos y sindicatos: surgimiento del nuevo liderazgo sindical peronista 107

4. Ideología y conciencia en la resistencia peronista 128

TERCERA PARTE

Frondizi y la integración: tentación y desencanto, 1958-62

5. Resistencia y derrota: impacto sobre los dirigentes, los activistas y las bases 147

6. Corolario del pragmatismo institucional: activistas, comandos y elecciones 188

CUARTA PARTE

La era de Vandor, 1962-66

7. La burocracia sindical: poder y política en los sindicatos peronistas 219

8. Ideología y política en los sindicatos peronistas: distintas corrientes dentro del movimiento 252

QUINTA PARTE

Los trabajadores y la Revolución Argentina: de Onganía a la vuelta de Perón, 1966-73

9. Los dirigentes sindicales peronistas son asediados: nuevos actores y nuevos desafíos 287

10. Conclusión 330

Bibliografía escogida 351

3. COMANDOS Y SINDICATOS: SURGIMIENTO DEL NUEVO LIDERAZGO SINDICAL PERONISTA

“No teníamos armas, no podíamos hablar, ni votar, ni hacer nada. No teníamos explosivos; el sabotaje era la única manera que teníamos de enfrentar esta banda que nos explotaba. No teníamos libertad de prensa, nada. Todo lo que teníamos era el Decreto 4161 que decretaba que con sólo mencionar a Perón podíamos ir en cana. No podíamos tener ni siquiera una foto de Perón en nuestras casas. Así que recurrimos a los caños.”

Juan Carlos Brid

Viejos y nuevos líderes sindicales

Quienes dirigieron las huelgas de 1956, y quienes resultaron elegidos en los sindicatos donde se permitió la normalización, eran en gran medida figuras nuevas surgidas en el curso de las luchas suscitadas en las fábricas y talleres desde la caída de Perón. En el vacío creado por el decreto 7107, que proscribió a muchos de los que eran hasta entonces dirigentes gremiales, adquirieron naturalmente prominencia los activistas que se habían distinguido en la acción diaria en los sitios de trabajo. La actitud de éstos frente a los anteriores líderes gremiales es bien ilustrada por la despectiva descalificación que Sebastián Borro pronunció de los antiguos dirigentes de su gremio, el de la carne, quienes

“gritaban mucho ‘Viva Perón’ pero no hacían nada [...]. Eran hombres que esperaban todo desde arriba, nada de lucha de abajo. Y se ve eso cuando cae Perón. Allí empieza nuestra lucha en el frigorífico Lisandro de la Torre; comenzamos con un pequeño grupo, casi toda gente nueva, había tal vez 2 o 3 viejos dirigentes que no habían desaparecido”.¹

No todos los antiguos dirigentes se eclipsaron del escenario o fueron víctimas de semejante desprecio. Algunos habían adoptado desde el principio una posición de intransigencia y mantenido un relieve propio entre los militantes de base. Augusto Vandor, metalúrgico, Miguel Gazzera, de los fideeros, y Amado Olmos, del personal no médico de hospitales, constituyeron ejemplos de jóvenes líderes surgidos como importantes figuras en sus sindicatos en las etapas postreras del régimen peronista y que ahora, desde la cárcel, continuaban influyendo sobre sus gremios. Cuando un dirigente anterior había mantenido su actitud de lucha, los nuevos líderes elegidos en 1956 y 1957 con frecuencia se consideraron a sí mismos como reemplazantes provisionales hasta que aquél pudiera volver a ocupar su posición.

Los antiguos dirigentes que optaron por seguir influyendo en los gremios y en el movimiento peronista en general empezaron, en 1956, a organizarse entre sí. En 1957 ya existían cuatro grupos principales: la CGT única e Intransigente, el Comando Sindical, la CGT Negra y una entidad llamada simplemente CGT. La mayoría de esos grupos tenía, en el mejor de los casos, una influencia muy limitada sobre los militantes de base. Su influjo aumentó algo cuando se unieron, en julio de 1957, para formar la CGT Auténtica, con Andrés Framini en el cargo de secretario general. Framini era realmente un caso típico de la especie de influencia residual que ejercía la CGT Auténtica. Dirigente de los textiles desde comienzos de los años 1950-60, su actitud Intransigente desde noviembre de 1955 y su encarcelamiento habían devuelto algún lustre a su decaída reputación entre los trabajadores peronistas.

Entre esos grupos y la nueva dirigencia emergente hubo fricciones. Reflejaron en parte distintos temperamentos, diferentes clases de personas y distintas prácticas sindicales. Los nuevos líderes, que en gran medida habían surgido de una lucha democrática espontánea y de *facto* en las plantas y talleres, tendieron a llevar esas experiencias a las prácticas de los sindicatos renormalizados. Muy pocos de ellos habían tenido alguna experiencia de la jerarquía sindical peronista, y en general debían sus posiciones actuales principalmente a su actividad en la resistencia diaria a las políticas de los empresarios y del gobierno. Existía por lo tanto una estrecha identificación entre los militantes de base y los nuevos líderes, y esto se reflejó en una mayor democratización de la práctica sindical. Sebastián Borro, líder obrero en el Frigorífico Lisandro de la Torre, recordó:

“Una vez un general me dice, ‘usted permite que hablen los comunistas’. Yo le dije:

¹ Entrevista con Sebastián Borro, Buenos Aires, enero de 1974.

“En mi gremio yo practico la democracia sindical. Todos los afiliados tienen derechos y responsabilidades. Yo respeto los derechos, ellos tienen que cumplir con las obligaciones.”²

También Alberto Belloni recuerda que su sindicato, en Rosario, celebraba regularmente reuniones a las que asistían más de 300 trabajadores aún antes de que la entidad gremial hubiera sido formalmente normalizada.³ Esta mayor intervención en los asuntos sindicales no sólo reflejó una actitud distinta por parte de los nuevos líderes sino también el deseo, por parte de los trabajadores mismos, de asumir un papel más activo. Tal posición fue robustecida por la índole de la lucha que se libraba en aquel momento. Frente a un Estado hostil y condenada gran parte de la actividad gremial básica a una legalidad a medias, que sólo dejaba muy poca estructura burocrática formal en condiciones de ser utilizada, se operó un inevitable aumento de la participación del militante común. Además de sentirse amenazados por ese nuevo espíritu, los antiguos dirigentes se resentieron al verse obligados a quedar al margen y observar cómo sus sindicatos se ponían cada vez más fuera de su alcance. Ese sentimiento se intensificó a medida que, durante todo 1957, fueron surgiendo más estructuras formalizadas que contribuyeron a definir el perfil del movimiento, en gran medida espontáneo, de 1956.

La Intersindical y las 62 organizaciones

A comienzos de 1957, algunos de los gremios normalizados crearon una Comisión Intersindical con el fin de promover el restablecimiento completo de todos los sindicatos mediante elecciones libres, la reaparición de la CGT, la suspensión de todas las restricciones legales que trababan la intervención en cuestiones sindicales y la liberación de todos los encarcelados por sus actividades gremiales. La fuerza impulsora inicial de la Intersindical fueron los comunistas, pero pronto la entidad pasó a manos de otros que quisieron emplearla como primera estructura legal en torno de la cual podría organizarse alguna presión sobre el gobierno. En abril de 1957 la Intersindical afirmó que le respondían treinta y cinco sindicatos y cinco federaciones, y meses después, a medida que mayor número de grandes gremios, como los textiles, los metalúrgicos y los obreros de la carne, fueron ganados por los peronistas, su influencia se acrecentó.⁴ Disminuida la influencia comunista inicial sobre el comité organizador, en julio éste se encontraba ya bajo el dominio de los peronistas. El 1º de mayo de 1957 la Intersindical realizó una manifestación para celebrar el día internacional de los trabajadores: fue el primer acto público legal efectuado por los obreros desde noviembre de 1955. Para el 12 de julio la central obrera dispuso una huelga general con el fin de pedir la liberación de todos los presos sindicales y la normalización completa de los gremios. Cálculos no oficiales estimaron en alrededor de dos millones y medio el número de los que participaron en la huelga.⁵

La creciente influencia de la Intersindical avivó el antagonismo latente entre los viejos líderes gremiales peronistas y los nuevos. Para los anteriores dirigentes, el poder de la Intersindical representaba una amenaza directa a sus esperanzas de recobrar sus antiguas posiciones, puesto que la legalidad misma en que actuaba confirmaba la legitimidad del nuevo elenco dirigente. En los cónclaves clandestinos del movimiento peronista –y particularmente en los argumentos aducidos ante John William Cooke, delegado personal de Perón–, sostuvieron que era preciso combatir a la Intersindical porque muchos de los líderes que, recién elegidos, emergían bajo su protección sólo eran peronistas “tibios” cuyas posiciones resultaban de comicios fraudulentos. Por añadidura, decían, la Intersindical no alteraría la decisión del gobierno de debilitar en todo lo posible la influencia peronista en los sindicatos y de restituirlos a los obreros sólo cuando lo considerase oportuno. Por su parte, los nuevos líderes argüían que era esencial utilizar la Intersindical y la legalidad de que disfrutaba. Todavía faltaba recuperar muchos sindicatos que seguían en manos del gobierno y de los antiperonistas, y una organización como la Intersindical podría contribuir a limitar los efectos de las fraudulentas maniobras gubernamentales. Más aún, ignorar este punto significaría abrir el camino a la utilización de la Intersindical por los antiperonistas.⁶

Sólo el surgimiento de la Intersindical posibilitó alcanzar cierta coherencia en la organización de las fuerzas peronistas en el ámbito gremial. En 1956 la lucha había sido local, atomizada: los activistas de un sindicato apenas sabían lo que sucedía fuera de su gremio y, con frecuencia, fuera de su lugar de trabajo. El espacio concedido por Aramburu al pasar de una política de franca represión a una solución más realista del

² *Ibíd.*

³ Entrevista con Alberto Belloni, Buenos Aires, enero/febrero de 1974. Belloni comparó esta cifra con la de aproximadamente 30 afiliados que asistían a las reuniones antes de 1956.

⁴ *Qué*, 16 de abril de 1957, publicó el programa de la Intersindical.

⁵ *Mayoría*, 17 de julio de 1957.

⁶ *Perón-Cooke correspondencia*, vol. 1, Buenos Aires, 1972, pág. 151.

“problema de la clase trabajadora” fue ocupado y usado por los nuevos dirigentes para consolidar y organizar las posiciones ganadas durante 1956. Esto confirió mayor coherencia también al movimiento peronista clandestino, al proporcionarle una estructura institucional de la que carecía desde la proscripción del Partido Justicialista y la CGT en noviembre de 1955. Por ejemplo, sólo gracias a la aparición de la Intersindical empezaron a llegar regularmente las órdenes de Perón a los líderes gremiales y por éstos a las bases. Análogamente, por intermedio de los sindicatos se organizó en gran medida la campaña favorable al voto en blanco en las elecciones nacionales celebradas en julio de 1957 para designar a la convención constituyente.

Este progreso en el plano de la estructura fue confirmado y acrecentado al fundarse las 62 Organizaciones, entidad que emergió del congreso realizado en setiembre de 1957 para normalizar la CGT. El interventor militar de la CGT, capitán de navío Patrón Laplacette, había intentado, mediante la purga de las listas comiciales internas en algunos sindicatos donde los antiperonistas tenían influjo, asegurar una considerable presencia de éstos en dicho congreso. En setiembre, los socialistas y otros antiperonistas dominaban en los sindicatos de empleados de comercio, bancarios y empleados públicos, además de controlar los sindicatos donde habían ganado las elecciones en 1956, los más importantes de los cuales eran los gráficos, los municipales y los trabajadores del vestido. Por añadidura, dominaban muchas seccionales de la Unión Ferroviaria, principal sindicato del riel. Patrón Laplacette calculó que si inflaba considerablemente las cifras de afiliados de esos sindicatos lograría asegurarles la mayoría de los delegados ante el congreso.⁷ Al fracasar este procedimiento y encontrarse los antiperonistas en minoría en la comisión de poderes que verificaba las credenciales de los delegados, abandonaron el congreso. Los sindicatos que se quedaron, principalmente peronistas, aunque también algunos donde había influencia comunista, sumaron un total de 62 organizaciones, que se constituyeron como agrupación bajo ese título. Los comunistas no tardaron en apartarse, para formar un cuerpo de 19 gremios controlados por ellos. Los sindicatos antiperonistas, que se habían alejado del congreso, constituyeron una rama distinta conocida como las 32 Organizaciones Democráticas.

El surgimiento de las 62 Organizaciones fue un acontecimiento importante, pues no sólo confirmó la dominante posición de los peronistas en los gremios, sino que además les proporcionó una entidad totalmente peronista mediante la cual podrían actuar y presionar sobre el gobierno en una vasta esfera sindical y política. También confirmó algo que, en la práctica, dos años de lucha desde la caída de Perón habían demostrado: los sindicatos constituían la principal fuerza organizadora y la expresión institucional del peronismo en la era posterior a 1955. Las 62 Organizaciones, reflejando la creciente confianza de los trabajadores de base, adoptaron una política muy militante, que se tradujo en las huelgas generales del 27 de setiembre y del 22 y 23 de octubre, declaradas en protesta contra las políticas económica y gremial del gobierno. Este respondió con una nueva ola de intervenciones y arrestos de dirigentes sindicales. En diciembre de 1957, una reunión pública preparada por las 62 Organizaciones fue dispersada por la policía, que detuvo a los oradores, y además fueron nuevamente intervenidos los sindicatos. Estas medidas cayeron sobre gremios industriales muy importantes, como los metalúrgicos, los textiles y los de la carne, pero el gobierno no logró quebrar la capacidad de los sindicatos peronistas para actuar como fuerza organizadora de la totalidad del peronismo. Lo cual quedó claramente demostrado por el papel que las 62 Organizaciones desempeñaron en la orientación del voto de la clase trabajadora en las elecciones presidenciales que llevaron a Arturo Frondizi al poder en febrero de 1958.

Sabotaje y grupos clandestinos

El repudio popular del gobierno militar y sus políticas recurrió a canales de expresión que estaban al margen de la esfera específicamente sindical. El término “la Resistencia”, que llegó a constituir un punto de referencia decisivo en la cultura política peronista, tenía connotaciones más amplias que las correspondientes al proceso de defender las condiciones de trabajo y la organización en las fábricas. En el folklore del movimiento –folklore que integró la ideología de la clase obrera después de 1955–, la resistencia en las fábricas estuvo indisolublemente ligada a la resistencia en otros terrenos. Esto involucró una heterogénea mezcla de actividades de distintos tipos. En la conciencia popular peronista, la Resistencia incluyó un variado conjunto de respuestas que iban de la protesta individual en el plano público hasta el sabotaje individualmente efectuado y la actividad clandestina, sin excluir la tentativa de sublevación militar. Todas esas respuestas tendieron a mezclarse en una serie muy confusa de imágenes que tiempo después serían

⁷ Detalles de este intento hay en *Mayoría*. 24 de junio de 1957 y 6 de enero de 1958. En efecto, se asignaron 358 delegados a 10 organizaciones, y 311 a 87, y de aquellos 10 sindicatos 6 eran antiperonistas. Véase *Qué*, 22 de agosto de 1957.

encapsuladas por una nueva generación de peronistas en frases tales como “guerrilla popular” o “resistencia popular nacional” y que connotaban toda una mitología de heroísmo, abnegación, sufrimiento, camaradería compartida y lealtad a un ideal, mitos que habían de constituir un elemento decisivo en la evolución del peronismo en años venideros.

La primera y más inmediata respuesta a los actos del nuevo gobierno provisional adoptaron la forma de lo que podría denominarse un terrorismo espontáneo. En la primera mitad de 1956 cundió una ola de tentativas de sabotaje. Una información periodística, típica de las publicadas sobre los hechos de esa índole, refería por ejemplo cómo en Paraná, provincia de Entre Ríos, había sido arrestado un grupo por perpetrar una serie de acciones tales como pintar consignas, tratar de incendiar un depósito de granos de una importante firma cerealera, quemar vagones ferroviarios e intentar el incendio de un local de la Unión Cívica Radical. Los detenidos fueron un conductor de camiones, un empleado ferroviario y otras dos personas, todos ellos de “condición humilde”.⁸ La prensa publicaba a diario muchas informaciones de este tipo. Un blanco particularmente vulnerable fue el sistema ferroviario. En Tacuarí, provincia de Buenos Aires, a principios de febrero de 1956, “de un convoy de 27 vagones saltaron de los rieles la locomotora y los primeros siete vagones”, por lo que fueron detenidos dos empleados del ferrocarril.⁹ Hechos como éste fueron poco menos que cotidianos, junto con los cometidos contra otro blanco predilecto, las plantas de electricidad.

Al mismo tiempo se desarrollaba dentro de las fábricas una creciente actividad de sabotaje. La situación fue ejemplificada por una fábrica de vidrio de Berazategui, cuyo propietario denunció los daños constantemente causados a la maquinaria y los bajos niveles de producción.¹⁰ Tan sólo en el mes de febrero, en el Frigorífico Wilson, de Avellaneda, se realizaron tres actos de sabotaje, uno de los cuales determinó el cierre de la planta por varios días.¹¹ La situación llegó a ser lo bastante grave como para que la Dirección Nacional de Seguridad se sintiera llamada a advertir a la población:

“La ley califica como sabotaje y reprime hasta con prisión perpetua al que destruyere, desorganizare, deteriorare o inutilizare en todo o en parte documentos, objetos, materiales, instalaciones, servicios o industrias de cualquier naturaleza [...] hace saber a la población que las fuerzas policiales y de seguridad han recibido instrucciones precisas para hacer uso de sus armas cada vez que sea necesario impedir la comisión de actos de sabotaje.”¹²

La amplitud de la advertencia constituyó una indicación de la escala de las acciones que se producían. Resulta difícil saber con exactitud qué grado de organización estructurada alcanzaban éstas. Parece probable que en las fábricas el sabotaje haya sido en gran medida obra de la iniciativa individual, manifestada poco menos que literalmente en actos tales como arrojar una llave inglesa en el mecanismo de una máquina en funcionamiento, o un cigarrillo encendido en el taller de pintura de la planta. Un caso típico de los llevados a los tribunales en esos días fue el de un obrero textil acusado de destruir kilómetros del hilado de algodón y paralizar así el turno de noche en su fábrica.¹³ En un caso similar, se acusó a dos obreros metalúrgicos de destruir maquinaria vital para todo el proceso de producción de su fábrica.¹⁴ Tal vez más comunes fueran otras formas de sabotaje indirecto de la producción consumado por los trabajadores como medio de elevar su protesta. El propietario de una fábrica de zapatos del partido de Matanza, muy cerca de la Capital Federal, se quejó ante la policía de que la calidad de sus productos había declinado espectacularmente.¹⁵ En la industria procesadora de alimentos, un método de sabotaje bastante común consistió en poner vidrio molido en las latas de conservas; hubo aun otras maneras de arruinar los alimentos envasados.

Por otro lado, también resulta claro que desde principios de 1956 existían los gérmenes de una organización muy caótica y basada en grupos locales. En muchas zonas grupos de trabajadores, a menudo de la misma fábrica, empezaron a reunirse regularmente y planificar acciones. Esto fue particularmente así en el caso de los ferrocarriles. En marzo de ese año un grupo de diez ferroviarios, fue acusado de planear y ejecutar actos de sabotaje en el Ferrocarril Belgrano, en el Gran Buenos Aires.¹⁶ Juan Vigo, figura

⁸ *Noticias Gráficas*, 7 de enero de 1956.

⁹ *Noticias Gráficas*, 7 de febrero de 1956.

¹⁰ *Noticias Gráficas*, 18 de febrero de 1956.

¹¹ *Noticias Gráficas*, 10 de febrero de 1956.

¹² *Noticias Gráficas*, 7 de febrero de 1956.

¹³ *La Razón*, 3 de abril de 1956.

¹⁴ *Noticias Gráficas*, 18 de marzo de 1956.

¹⁵ *Noticias Gráficas*, 14 de febrero de 1956.

¹⁶ *La Razón*, 7 de marzo de 1956.

importante en el movimiento de resistencia de ese tiempo, estimó que en abril de 1956 existían en el Gran Buenos Aires más de doscientos “comandos”, de los que formaban parte alrededor de 10.000 hombres, si bien “el control que había sobre esos 10.000 hombres era muy relativo”.¹⁷ En esa etapa, muchos de esos “comandos” estaban formados exclusivamente por obreros y basados en una fábrica o grupo de fábricas particular. Vigo describe un grupo típico de esa clase centrado en el suburbio de Ramos Mejía. Su jefe era un prominente líder del sindicato de obreros del cuero y sus militantes pertenecían a este gremio, a los textiles y metalúrgicos y al personal de la usina eléctrica local.¹⁸

De cualquier manera, es evidente que también existían incontables células clandestinas consistentes sobre todo en amigos que vivían en el mismo barrio y cuya influencia y acciones estaban mucho más circunscriptas. En el máximo de los casos, toda coordinación entre esos grupos, incluso en el mismo vecindario, no pasó de ser muy débil. Esas células se consagraron principalmente a la pintura de consignas y la distribución de volantes: puesto que se trataba de una actividad ilegal si se mencionaba el nombre de Perón o se reproducían consignas peronistas, desarrollarla suponía riesgos y constituía una legítima forma de protesta. También se dio el caso de que muchas de esas células no estuviesen constituidas específicamente y ni siquiera principalmente por trabajadores agremiados. Muchas contenían una suerte de muestra representativa de clases sociales. Una célula descubierta en Pergamino, provincia de Buenos Aires, incluía a un médico, un subinspector de la policía local, un contratista de construcción y un ex dirigente de la CGT local.¹⁹ En Junín actuó una célula formada por el ex intendente local, un aviador y el capataz del taller ferroviario de la ciudad.²⁰

En 1956 también se intensificó el empleo de bombas contra objetivos militares y edificios públicos. Esta forma de acción exigió una ejecución planificada y cierta experiencia en la fabricación de artefactos explosivos. Actos como la colocación de una bomba en la fábrica militar de Villa Martelli y el atentado contra el depósito de armas del Colegio Militar debieron ser minuciosamente planeados y contar con un mínimo de organización de apoyo.²¹ Esto se acentuó particularmente debido a la índole del proceso de fabricación de las bombas. En esos años se utilizaba muy poca dinamita, por ser ésta sumamente difícil de obtener en Buenos Aires; la mayoría de las bombas consistían en rudimentarios artefactos hechos de sustancias químicas básicas alojadas en cascos improvisados. Se las conocía como “caños” y llegaron a formar parte de la mitología de la Resistencia. Su lugar entre los mitos se originó, en parte, en su proceso mismo de producción, obra de aficionados que compartían las mismas ideas. Contaban con muy pocos especialistas con conocimientos de bombas y armamentos en general, y los artefactos eran confeccionados, en 1956, mediante el método de prueba y error, con riesgo considerable de quienes intervenían. La obtención de los materiales exigía una organización de personas dispuestas a robarlos, generalmente de farmacias, droguerías o fábricas. Una operación de armado de bomba exigía por lo menos la participación de seis personas para cumplirse eficazmente. En consecuencia todo ese proceso llegó a ser simbólico de la resistencia en general, pues sintetizó una serie de virtudes asociadas, en el folklore peronista, con el período de la resistencia: no profesionalismo, espíritu de sacrificio, participación activa de gente común y carencia de una elite burocrática que centrara la organización.

Sin duda alguna, la motivación general que impulsaba estas diferentes formas de resistencia al régimen militar puede ser entendida como un rechazo del nuevo régimen político y lo que implicaba en materia social y política. Sin embargo, acciones como la colocación de bombas y el sabotaje eran inspiradas también por un abrumador sentimiento de desesperación. El sabotaje, fuera perpetrado en una fábrica o contra un edificio público, representaba prácticamente la única salida que se ofrecía a la mayoría de los peronistas para expresar su rechazo del statu quo. Aquellos peronistas que experimentaron la necesidad de luchar apelaron a alguna forma de sabotaje como medio de expresar su ira y su sentimiento de extravío, así como de afirmar su capacidad para hacer algo al respecto. En el comentario que se cita a comienzos de este capítulo, Juan Carlos Brid, veterano de los “comandos” de la Resistencia, describe ese sentimiento de frustración.

La perspectiva en la que estas acciones se situaban era, como no podía menos que ser, la de un cataclismo. Los militantes esperaban que el nuevo régimen se desplomara de una semana para la siguiente. Abundaban rumores sobre el inminente retorno de Perón: circuló ampliamente la leyenda del “avión negro” en que Perón volvería para dirigir a su pueblo en la lucha contra la tiranía. Circulaban incontables volantes donde se aconsejaba qué debía hacerse para acelerar el retorno del líder. Uno aconsejaba a todos los

¹⁷ Vigo: *La vida por Perón*, pág. 175.

¹⁸ *Ibíd.*, pág. 149.

¹⁹ *Noticias Gráficas*, 25 de febrero de 1956.

²⁰ *Noticias Gráficas*, 21 de febrero de 1956.

²¹ *Noticias Gráficas*, 22 de febrero y 2 de marzo de 1956.

peronistas retirar su dinero de los bancos, no comprar más bienes de consumo y almacenar alimentos, sacrificio que conduciría al retorno de Perón.²² Los volantes siempre concluían con la afirmación de que “la hora se acerca” y “Perón vuelve”. Un factor decisivo de esa perspectiva era la creencia de que grandes sectores de las fuerzas armadas seguían siendo leales a Perón y esperaban su orden para rebelarse. Suponíase que esa sublevación sería coordinada con una huelga general y la paralización del país.

Si bien esta visión se correspondía plenamente con una necesidad emocional, tuvo dos efectos inmediatos sobre el movimiento de resistencia en la primera mitad de 1956. En primer término, agravó la ya crónica falta de seguridad que experimentaban la mayoría de los grupos. En efecto, si la revolución era para la semana próxima difícilmente podían necesitarse perspectivas seguras en el largo plazo. En segundo lugar, muchos grupos resistentes centraron su actividad y sus aspiraciones en encontrar a figuras militares que simpatizaran con esa actitud, lo que también tendió a obviar la necesidad de organización en el largo plazo. En efecto, no faltaban militares que simpatizaran con la causa, y Juan Vigo deplora que siempre hubiera habido algún “oficial retirado deseoso de prometer la revolución para la semana que viene o incluso para mañana”.²³ Todo lo cual promovió el caos en todo intento por coordinar tantos grupos dispares. En marzo de 1956, *La Razón* describió el caso, de ningún modo atípico, de un grupo de resistencia desbaratado en Córdoba, en que

“todos los que habían caído presos eran obreros que se dejaron sugestionar por consejos de otros y por rumores que señalaban a los generales Bengoa y Uranga en actitud subversiva”.²⁴

Sólo al ser derrotado el levantamiento que en junio de ese año encabezó el general Valle disminuyó en alguna medida la búsqueda de militares salvadores y junto con ésta la perspectiva de cataclismo a corto plazo.²⁵ Asimismo, para mediados de 1956 se había operado un proceso de selección: sólo sobrevivían los grupos mejor organizados, que habían aprendido bien las lecciones sobre táctica y seguridad.

Divergencias en la resistencia

De mediados de 1956 en adelante, los activistas peronistas de clase trabajadora consagraron la mayor parte de sus energías a la recuperación de las comisiones internas y después de los sindicatos. Inevitablemente, el sector decisivo de la resistencia peronista tenía que ser el que se relacionara en forma más directa con la vida de los peronistas pertenecientes a dicha clase. Pero las restantes formas de actividad centradas en torno de los comandos por cierto continuaron, y la línea que separó a una de las otras fue con frecuencia difícil de trazar. Más aún, el propio Perón había contemplado desde el principio la adopción de una estrategia general que incluyera los distintos niveles de actividad, conjunto al que dio el nombre de “resistencia civil”. Esbozó sus ideas al respecto en las “Instrucciones Generales para los dirigentes”, elaboradas en diciembre de 1955, pero que probablemente hayan llegado a esos jefes en marzo o abril de 1956. De acuerdo con Perón, la estrategia general que el movimiento debía seguir era la de una “guerra de guerrillas”, donde la resistencia civil debía desempeñar un papel importante. Se debían evitar todas las tentativas por hacer frente al régimen militar allí donde era más fuerte, es decir, en el nivel puramente militar. Mucho más eficaces, sostuvo Perón, serían millares de pequeñas acciones que desgastarían gradualmente al régimen y socavarían su voluntad de mantenerse en el poder. En el terreno social, la resistencia debía mantener a los trabajadores en permanente estado de conmoción, mediante huelgas, trabajo a desgano, baja productividad. En un plano más individual, se debían emprender millares de acciones tanto pasivas como activas. La resistencia activa podía incluir el sabotaje, y la resistencia pasiva podría consistir en difusión de rumores, distribución de volantes y pintada de consignas. Toda esa miríada de actos de resistencia finalmente tomarían ingobernable el país y prepararían el terreno para la huelga general revolucionaria que, a juicio de Perón, daría la señal para la insurrección en escala nacional. En esa fase

²² Volante en posesión del autor, sin fecha pero probablemente de mediados de 1956.

²³ Vigo: *La vida por Perón*, pág. 24.

²⁴ *La Razón*, 16 de marzo de 1956.

²⁵ La sublevación encabezada por Valle se basó en los pocos oficiales peronistas que quedaban, particularmente de baja graduación, y en suboficiales, así como en algunos oficiales nacionalistas desencantados que habían integrado la facción de Lonardi. El levantamiento estaba condenado desde el principio, pues la inteligencia militar conocía sus planes. Al parecer, Aramburu les permitió deliberadamente proseguir, con el fin de tener un pretexto para una purga ejemplar. La ejecución de oficiales y suboficiales que tomaron parte en la revuelta no tenía precedentes en la historia militar argentina y pasó a constituir parte importante de la cultura popular de la Resistencia. La represión de civiles que se sumaron a la sublevación es relatada por Rodolfo Walsh en *Operación Masacre*, Buenos Aires, 1963.

resultaría decisiva la acción de los comandos que, junto con sectores leales de las fuerzas armadas, garantizarían el éxito de la insurrección. Para este fin los comandos debían entrenarse mediante acciones tales como ataques contra instalaciones militares y gubernamentales.²⁶

La estrategia bosquejada en esas instrucciones generales era realista, si se deja de lado el concepto, siempre problemático, de huelga general revolucionaria y subsiguiente insurrección. La noción básica de resistencia civil tomaba en cuenta los distintos niveles de compromiso y actividad. Más aún, esas instrucciones tuvieron para el movimiento el positivo efecto de poner el sabotaje y la acción clandestina en una perspectiva menos cataclísmica, de verlos como una forma de actividad paralela a la sindical y de objetivo similar: el desgaste del régimen.

En la práctica, sin embargo, a partir de mediados de 1956 hubo una creciente diferenciación entre los comandos empeñados en el sabotaje y otras actividades clandestinas y el movimiento de resistencia en los sindicatos. Esto se reflejó en una tensión subyacente, que fue en aumento, en lo que se refería a las funciones de los sindicatos recién reconquistados. Inicialmente, en la primera parte del año, a personas como Vigo les fue difícil convencer a otras de la necesidad de organizarse en las fábricas y en los gremios.²⁷ Esta actitud extrema no persistió, pero sí quedó una diferencia de énfasis. En agosto de 1956, un periódico semiclandestino conectado con los activistas que combatían en los sindicatos consideró necesario debatir los méritos relativos del terrorismo y el trabajo sindical y tomar parte por éste:

“No hay manera de enfrentar con éxito a esta fuerza organizada de los enemigos sino mediante la organización de los propios trabajadores. Reorganizarse es, pues, la tarea fundamental. La organización fabril debe ser reconstruida.”²⁸

En teoría, desde luego, no había desacuerdo. Aquellos que se habían comprometido principalmente con los comandos reconocían la necesidad de recuperar los gremios. Pero este reconocimiento estaba teñido de sospechas. Todavía quedaban recuerdos de la inercia demostrada por el movimiento sindical al caer Perón. Un activista de ese tiempo describió tal actitud, compartida entonces por un número no desdeñable de militantes:

“Todos pensábamos que los gremios tenían que ser recuperados en la medida en que esos dirigentes que fueran a la conducción de los gremios sirvieran a los intereses de la revolución. Pensábamos que los gremios se tenían que jugar íntegramente a favor del movimiento revolucionario porque si no no tenía ningún sentido ocuparnos de los gremios que querían integrarse al sistema [...]. Recuperar los gremios tenía algún sentido para defender los derechos de los trabajadores pero tenía fundamentalmente valor para trabajar en favor de la revolución, porque tener un gremio por tenerlo no más carecía de sentido.”²⁹

En gran medida esa tensión fue tácita, sobre todo en 1956, cuando la idea de integrar los sindicatos al sistema gubernamental resultaba absurda en vista de los persistentes ataques lanzados por el gobierno. Es necesario subrayar que nunca hubo, en ese período, una división manifiesta en torno de este problema. Más bien hubo a menudo no poca superposición de actividades en lo personal, y en muchas ocasiones los comandos recibieron ayuda material de grupos de base gremial. Con frecuencia un grupo sindical que como tal funcionaba eficazmente prestaba su solidaridad y su apoyo a grupos clandestinos. En esos años, el sabotaje formaba parte integrante de las luchas obreras. Era poco menos que inimaginable una disputa laboral intensa sin el concomitante estallido de bombas e incendios.

De cualquier manera, quienes en la práctica tenían nexos más estrechos con los comandos eran los viejos líderes sindicales, antes que las nuevas agrupaciones sindicales. Los más cercanos a la CGT Negra habían colaborado con la tentativa de golpe efectuada por el general Valle, y en diciembre de 1956 lanzaron una huelga general coincidente con otra promesa de insurrección. El episodio tuvo resultado desastroso y condujo al arresto de muchos sindicalistas. También fueron aquellos viejos líderes quienes influyeron sobre los gremialistas jóvenes y más entusiastas para que se sumaran a los comandos. Pero también en este caso las diferencias fueron tácitas y tal vez, durante gran parte de este período, pasaron inadvertidas. En forma general y mal definida, los hombres de la resistencia de base gremial consideraban la insurrección y la huelga general para traer de vuelta a Perón como el objetivo último de sus actividades sindicales. Por ejemplo, rechazaron la propuesta presentada por los comunistas en la Intersindical en el sentido de realizar

²⁶ Véase *Perón-Cooke, Correspondencia*, vol. 2, pág. 391.

²⁷ Vigo: *La vida por Perón*, pág. 31.

²⁸ *Frente Obrero*, agosto de 1956.

²⁹ “Crónica por un resistente: crónicas de la Resistencia”, *Antropología del Tercer Mundo*, agosto de 1972.

una huelga general para pedir la excarcelación de los activistas presos, por entender que una huelga general sólo merecía ser realizada para pedir el retorno de Perón. En verdad se consideraban a sí mismos tan justos e intransigentes como los de la resistencia armada, y combatían tan enérgicamente como éstos a los políticos neoperonistas recién surgidos, que trataban de atraer a los trabajadores a sus propias filas sin hablar de la vuelta del líder.³⁰

En definitiva, sin embargo, se confirmó que los caminos estratégicos de ambas formas de resistencia eran de órdenes fundamentalmente distintos. Esto se tomó cada vez más patente en el curso de 1957, y si bien en gran medida permaneció oculto mientras duró el régimen militar, los más sagaces no dejaron de advertir sus implicaciones. Uno de ellos fue John William Cooke, quien a comienzos de 1957 se encontraba exiliado en Montevideo, donde actuaba como principal delegado de Perón, que estaba en Caracas y con quien se mantenía en constante contacto. Sus cartas a Perón durante todo 1957 testimonian una preocupación, a veces vagamente expresada pero siempre presente, por el futuro estratégico del movimiento peronista.

En particular, a Cooke lo inquietaba lo que juzgaba como una disonancia entre el proyecto estratégico fundamental peronista –que según él tenía que ser la toma del poder mediante la insurrección para llevar a cabo una revolución social– y los ajustes tácticos que los cambios de la coyuntura política imponían al movimiento. Esta disonancia reflejaba en parte la distancia entre los propios deseos y la realidad. Cooke y el propio Perón afirmaban constantemente que la única estrategia válida para el peronismo consistía en la insurrección. La meta propia de ésta era una revolución social: “Nosotros no estamos contra una política, sino contra un sistema”.³¹ Por esta razón el movimiento debía mantener su intransigencia. Según palabras de Cooke,

“Un movimiento como el Peronismo se nutre de absolutos. Es la gloria y es el inconveniente de las fuerzas nacional-libertadoras. Deben llegar incorruptos, deben estar encima de las politiquerías, al margen del juego común que desarrollan los partidos tradicionales.”³²

Y sin embargo las condiciones apropiadas para lanzar esa insurrección se resistían tenazmente a presentarse. Una y otra vez, Cooke se quejó a Perón de que no existieran las condiciones para desencadenar la huelga general revolucionaria. En junio de 1957 le escribió:

“La repulsión general por la Tiranía provoca protestas, incita al terrorismo y desata rebeldías. Ese estado de ánimo no se traduce, sin embargo, en una resistencia civil total como la que deseamos. Hay grupos activistas que ponen bombas y hacen sabotajes; esto va creando una mentalidad proclive a la acción y anima a muchos expectantes. Pero como usted señala la gente admira estos actos pero sólo muy débilmente los secunda [...] ese descontento contra el gobierno de facto [...] debe ser canalizado en realizaciones insurreccionales que vayan desembocando en el levantamiento popular.”³³

No sólo las circunstancias propicias para ese levantamiento se abstuvieron de materializarse; además, durante todo 1957 las probabilidades de que se concretaran se alejaron de manera creciente. El éxito mismo de la Resistencia, especialmente en los sindicatos, modificaba el contexto en el cual debía operar el movimiento. El gobierno retrocedía y dejaba posibilidades de desarrollar, dentro de las estructuras existentes, actividades semilegales o incluso plenamente legales. Cooke reconocía que el movimiento no podía ignorar las nuevas posibilidades tácticas que se le ofrecían y retirarse a un purismo revolucionario que sólo dejaría el terreno libre para los que querían desviarlo hacia el lodazal de la política tradicional. Escribió a Perón:

“La semi-legalidad actual con el aflojamiento de la persecución hizo aflorar a la capa blanda del peronismo.”³⁴

Sin embargo, el problema no consistía realmente en que los elementos “blandos” ganaran terreno. Más bien se trataba de lo que la realidad social podía imponer a aquellos elementos que se mostraban intransigentes. En forma más concreta, el problema se planteó en toda su claridad a los sindicatos que los

³⁰ Los neoperonistas eran principalmente políticos del período anterior a 1955 que habían detentado cargos en el partido peronista. Sus carreras posteriores a 1955 se basaron habitualmente en su capacidad potencial para apelar a la lealtad del aparato político de la región particular de cada uno.

³¹ *Perón-Cooke. Correspondencia*, vol. 2, pág. 11.

³² *Ibíd.*, pág. 35.

³³ *Perón-Cooke. Correspondencia*, vol. 1, pág. 144.

³⁴ *Ibíd.*, pág. 227.

peronistas acababan de recobrar. Acrecentada su confianza por las batallas salariales de fines de 1956, los trabajadores buscaban canales de expresión al margen de la esfera gremial, puramente defensiva. Lo que vieron en la Intersindical fue ese canal. Para Cooke el peligro residía en que la Intersindical llegara a ser considerada como un fin en sí misma y no como un simple instrumento de lucha. Algo muy parecido fue lo puesto en juego en el congreso que la CGT celebró en setiembre de 1957, donde llegó a discutirse incluso si debían aceptarse o no las elecciones realizadas en los sindicatos patrocinados por el gobierno.

Para los comandos la solución del problema era simple y equivalía a lo que Cooke había denominado una retirada hacia el purismo: mantener ni más ni menos que una negativa intransigente a toda relación con aperturas al sistema institucional. El periódico *Soberanía*, vocero de esos grupos, afirmó que el problema de cómo enfrentar el fraude en el congreso de la CGT era irrelevante, pues los sindicalistas peronistas simplemente no tenían nada que ver con un congreso de la CGT inspirado por el gobierno.³⁵ Dos figuras importantes de los grupos clandestinos, Lagomarsino y Marcos, enviaron a Cooke un documento de 45 páginas donde denunciaban la toma de control de la Intersindical por los peronistas como una ruptura con la posición intransigente.³⁶ Cooke rechazó ese punto de vista. En un largo plan de acción que sometió a Perón en agosto de 1957, Cooke argumentó que la intransigencia lisa y llana ya no era una posición viable. Las grandes consignas intransigentes de la Resistencia debían recibir una “traducción táctica” que les permitiera responder al deseo de actuar concreta y positivamente que experimentaban las masas peronistas. Era preciso crear para el movimiento nuevas estructuras semilegales. Según Cooke, éstas permitirían desarrollar una actividad práctica que culminaría, cuando las circunstancias resultaran apropiadas, en la insurrección.

Aunque teóricamente admisible, el plan de Cooke estaba expuesto a objeciones. En particular, evitaba el problema de las índoles fundamentalmente distintas de los sindicatos y los comandos y, por lo tanto, de sus diferentes posibilidades estratégicas. Los sindicatos eran fundamentalmente instituciones sociales arraigadas en la existencia misma de una sociedad industrial, y como tales tenían que cumplir un papel funcional intrínseco en esa sociedad. Su existencia como medios de actividad y organización de la clase trabajadora les confería cierto grado de inmunidad a los cambios de la situación política, cierta capacidad para durar y resistir al ataque político. Los comandos, en cambio, eran organizaciones eminentemente políticas, cuya existencia y perspectivas dependían mucho de un conjunto específico de circunstancias. A diferencia de los sindicatos, no respondían a ninguna necesidad social o económica intrínseca de la clase obrera. En ausencia de ésta, a los grupos clandestinos les era imposible procurarse una base duradera de supervivencia en aquella área donde tal base habría sido posible bajo forma de alguna clase de relación orgánica con los sindicatos. Necesitaban una posibilidad de acción concreta y éxito práctico. Cuanto más se alejaran esas posibilidades, más probable se tomaba que las estructuras semilegales y legales, en especial los gremios, se comprometieran con su dinámica y su lógica propias. Existía un límite para la posibilidad de mantener en reserva los sectores clandestinos sin que se osificaran, carentes de toda perspectiva propia genuinamente factible, hasta subordinarse inevitablemente a los sectores legales del movimiento.

En ese período, este conflicto permaneció en lo esencial latente. En el contexto de un gobierno militar, que aun si otorgaba cierta legalidad a los sindicatos mantenía una política de represión y violento antiperonismo, el conflicto potencial entre sectores legales y clandestinos era escasamente perceptible. Sin embargo, la tensión implícita existía. Se advirtió en especial su presencia durante todo el debate sobre las elecciones presidenciales que se efectuarían en febrero de 1958. ¿Debían los peronistas votar y, en caso de hacerlo, votar por un candidato como Arturo Frondizi? Si bien Cooke y Perón exhibían una posición retórica adversa a toda participación en los comicios, no dejaban de advertir las ventajas que ofrecía un voto positivo. Los inquietaba, empero, la posibilidad de que la “capa blanda” fuese fortalecida por la perspectiva electoral. Otra vez más, sin embargo, éste no era el verdadero problema. Los políticos neoperonistas que habrían podido intentar beneficiarse gracias a una apertura electoral disfrutaban de poco predicamento en la clase trabajadora, y si Perón hubiese ordenado de nuevo votar en blanco hubiera sido obedecido por la mayoría de los obreros peronistas.

El problema radicaba, más bien, en las alternativas creíbles que podían ofrecerse en vez del voto por un candidato no peronista. Cooke parece haber nutrido la vaga esperanza de que una insurrección resolviera el problema antes de febrero de 1958, en particular, confió en la posibilidad de capitalizar las huelgas dirigidas por las 62 Organizaciones a fines de 1957. Sin embargo se vio obligado a reconocer que en las mentes de la mayoría de los peronistas la sublevación sólo representaba un camino muy vago. Las huelgas sirvieron de poco para convencer a los gremialistas de la viabilidad de la insurrección. Más aún, después de

³⁵ *Soberanía*, 4 de junio de 1957.

³⁶ *Perón-Cooke. Correspondencia*, vol. 2, pág. 8.

la represión policial contra la reunión efectuada por las 62 Organizaciones a fines de diciembre fueron intervenidos los principales gremios industriales dirigidos por peronistas y las 62 Organizaciones se vieron obligadas a negar cualquier contenido político a sus actividades. Las negociaciones secretas iniciadas en ese momento con representantes de Frondizi fueron el reconocimiento tácito, por parte de Perón y Cooke, del fracaso de la opción revolucionaria.³⁷

El grito de batalla de los comandos y grupos clandestinos fue entonces el mantenimiento de la intransigencia y la necesidad de votar en blanco. En ausencia de toda posibilidad, ni siquiera de mediano plazo, de organizar una rebelión armada, aquella actitud no podía ser más que un gesto de fe, una reafirmación de valores y un rechazo del statu quo antiperonista. Objetivamente, esa posición tenía poco que ofrecer a los militantes sindicales. En cambio, del voto por Frondizi podían derivarse ventajas concretas. Una victoria del candidato “no continuista” ayudaría a consolidar las posiciones arrancadas por los gremios al régimen militar.³⁸ Las intervenciones siguientes a la reunión de diciembre habían hecho comprender la fragilidad de las posiciones recién recobradas.

Por añadidura, existía la posibilidad de consolidar más aún el poder gremial mediante la reconstitución de la CGT. En su propaganda electoral Frondizi insistió particularmente en ese tema. Existía también el problema de la legislación implantada por los militares para debilitar la central sindical. El decreto 9270, por ejemplo, permitía la representación minoritaria en los organismos dirigentes sindicales y el establecimiento de varios sindicatos en una industria, todos con iguales derechos a la representación obrera. Este mismo decreto prohibía además toda actividad política a los sindicatos. En la práctica gran parte de esa legislación había resultado muy difícil de aplicar, pero seguía siendo un recordatorio de las arbitrariedades del régimen militar y de su antipatía fundamental por un movimiento gremial fuerte y centralizado. Sin duda alguna un candidato como Frondizi, quien prometía realizar elecciones libres en todos los gremios donde no se hubieran efectuado, restablecer la CGT y reconstituir un poderoso sistema de negociaciones colectivas similar al existente bajo Perón, no podía menos que ejercer fuerte atracción sobre el sector sindical del peronismo.³⁹

A muchos militantes sindicales, empero, les costaba aceptar el argumento de que debían votar por Frondizi, de largo pasado antiperonista antes de 1955. Sebastián Borro recuerda cuán difícil era para el peronista común imaginarse a Perón en el acto de dar esa orden y qué esfuerzos debieron desarrollar los dirigentes sindicales para convencer a los militantes de base. En Rosario, las 62 Organizaciones necesitaron celebrar diez sesiones antes de avenirse a respaldar esa orden.⁴⁰ Sin embargo, en general la nueva jefatura peronista aceptó la lógica de la orden, es decir, la necesidad de prevenir la consolidación del antiperonismo más virulento. Esa jefatura y su influencia fueron decisivas en la obtención de los votos peronistas para Frondizi. Aun así, más de 800.000 peronistas desobedecieron la orden y refirieron su intransigencia absteniéndose o votando en blanco.

³⁷ Detalles de estas negociaciones, que culminaron en el acuerdo conducente al voto peronista por Frondizi, hay en Ramón Prieto: *El Pacto*, Buenos Aires, 1965.

³⁸ Se denominó “continuista” la candidatura de Ricardo Balbín por la Unión Cívica Radical del Pueblo por entenderse que los militares veían en los radicales un medio de continuar las políticas antiperonistas posteriores a 1955.

³⁹ Otro problema importante para los sindicalistas era el mal estado financiero de los sindicatos después de las intervenciones militares. Esto gravitó negativamente sobre los servicios que los sindicatos ofrecían a los afiliados e impartió especial urgencia al tema de la recuperación completa de los gremios.

⁴⁰ “Entrevistas con Alberto Belloni y Sebastián Borro, Buenos Aires, enero/febrero de 1974.

4. IDEOLOGÍA Y CONCIENCIA EN LA RESISTENCIA PERONISTA

“Para nosotros la vuelta de Perón era la vuelta de la decencia y la dignidad para los que trabajábamos, sacarnos la pata del patrón de encima, era la vuelta de la felicidad, era el final de tanta tristeza y tanta amargura que había en los millones de hombres del pueblo, era el fin de la persecución...”

Obrero anónimo.

Durante la década 1960-70 y la siguiente, la izquierda peronista y otros observadores consideraron que el tiempo del gobierno de Aramburu y la resistencia que los peronistas le ofrecieron constituyeron un período culminante de la militancia digno de quedar como ejemplo de combatividad de la clase trabajadora. El término mismo de “Resistencia” llegó a incluir el extremismo, a significar un movimiento de izquierda, un concepto en cierto modo revolucionario. Las bases de esa evaluación han sido bosquejadas en los dos capítulos inmediatamente anteriores. En términos de estadísticas de huelgas, los años 1956 y 1957 no tuvieron hasta entonces punto de comparación en la historia argentina. En 1956, tan sólo en la Capital Federal se perdieron más de 5 millones de días de trabajo, y más de 3.300.000 en 1957.¹ Estas cifras reflejaron no una simple batalla por los salarios; además simbolizaron la lucha que se libraba a diario en los lugares de trabajo para defender condiciones laborales y de organización, conquistadas durante la era de Perón, contra un ataque concertado del Estado y los empleadores. Revitalizado durante esas luchas, el movimiento sindical peronista ahora era dirigido en gran medida por una nueva generación de líderes emergidos de las bases y cuya posición denotaba un grado mucho mayor de democracia y participación sindicales. ¿Cómo podríamos intentar un bosquejo de la ideología que resultó de ese contexto general entre los militantes peronistas de base?

Reafirmación de los principios tradicionales

El análisis de los periódicos y panfletos sindicales clandestinos y de las memorias de los militantes permite discernir cierto número de líneas representativas de la influencia que seguían ejerciendo los principios ideológicos tradicionales propios del discurso formal del peronismo en el poder. Ante todo se descubre un estentóreo nacionalismo económico que defiende el patrimonio nacional. Ya vimos que fue un tema constantemente reiterado desde el principio mismo del período postperonista. Una de las primeras hojas mimeografiadas que los obreros del Puerto General San Martín hicieron circular en la zona de Rosario advertía que

“en el momento quieren hacernos retroceder a un estado pastoril, a una situación en la cual la única riqueza viene de la agricultura y la ganadería”.²

Uno de los principales blancos del ataque lanzado por ese nacionalismo económico fue la política seguida en esa esfera por el gobierno militar. El acuerdo con el Fondo Monetario Internacional, la liquidación del control del comercio exterior por el Estado, el descontrol de las importaciones y la relajación de los controles de precios, especialmente en el caso de los productos agrícolas, confirmaron por igual la imagen de un régimen proimperialista aplicado a llevar a la Argentina de vuelta a la edad de oro de la economía exportadora de ganado. A ello contribuyó el traslado de recursos a la agricultura en general, efectuado mediante la devaluación del peso.

Los libros y panfletos de Perón insistieron sin cesar en el mismo tema, tal como los órganos de la Resistencia. Un diario clandestino de Rosario, *El Cuarenta* explicó su título afirmando:

“Somos antioligarcas y antiimperialistas, y para nosotros 40 es el número del artículo de la constitución del 49 que garantiza el derecho de nuestro pueblo a las riquezas naturales del subsuelo, prohibiendo su entrega al imperialismo.”³

José Rucci, en aquel tiempo delegado en el gremio metalúrgico, escribió en *Palabra Argentina* un artículo donde expresó lo que sin duda era el juicio general de la clase trabajadora peronista sobre este punto:

¹ Ministerio de Trabajo y Seguridad Social: *Conflictos de trabajo*, Buenos Aires, 1961.

² *Crisol del Litoral*, n° 2, noviembre de 1955.

³ *El Cuarenta*, n° 1, abril de 1957.

“la Argentina parece ignorar que vivimos actualmente dentro de una civilización metalúrgica, bien lejos ya, por cierto, de la economía pastoril y semicolonial que conocieron nuestros inmediatos antepasados y que todavía, anacrónicamente se empeñan en imponernos unas decenas de familias oligárquicas que quieren parar con la defensa de sus mezquinos intereses, las fuerzas históricas del país, el desarrollo técnico argentino y la marcha de la nación hacia una civilización industrial”.⁴

Los peronistas de la clase trabajadora asociaban la era anterior a 1955 con un tiempo de desarrollo nacional que había marchado de la mano con una política de justicia social. En consecuencia consideraban fundamentalmente antinacional, antindustrial y antiobrera la política del gobierno militar. Veían conexiones recíprocas entre esos aspectos. Así lo testimonia una declaración emitida por una conferencia de delegados durante la huelga metalúrgica de 1956:

“Estamos presenciando la creación de un frente antinacional y antiobrero: los representantes del estado y capital extranjero unidos con una meta común de aniquilar a la industria argentina y destruir la organización sindical de la clase obrera [...] una semicolonial como la Argentina sólo podrá librar la batalla de su liberación económica sobre la base de una clase obrera respetada y organizada que se gobierne a sí misma sin interferencias y que sostenga al país frente a los grandes monopolios internacionales.”⁵

Innecesario es agregar que otro componente de la ideología de la Resistencia era la defensa de las ventajas económicas obtenidas bajo Perón y de la organización obrera. Este punto era entendido en los términos del tradicional concepto peronista de “justicia social”, que con el de “soberanía nacional” formaba dos de las piedras angulares de la retórica ideológica estatal bajo Perón. El nacionalismo económico y el antiimperialismo tenían por corolario la afirmación de conceptos tradicionales como los del común interés del empleador y el trabajador de proteger la industria nacional. Similarmente, la “justicia social” era acompañada por el concepto de un capital humanizado, imbuido de conciencia social, opuesto al capital especulativo y explotador. En el mencionado artículo, José Rucci advertía a los empleadores que

“sabemos distinguir también entre industria nacional y capitalismo especulativo, opresor y explotador de las masas trabajadoras”.⁶

A ello se conectaba estrechamente la noción del equitativo beneficio que ese capital humanizado tenía derecho a ganar. El principal reproche de Rucci a los empleadores de la industria metalúrgica sostenía precisamente, que sus ganancias eran excesivas y por lo tanto explotadoras.

En una línea similar, un dirigente textil, Juan Carlos Loholaberry, expresó una idea común a todos cuando se le preguntó su juicio sobre el concepto socialista de la abolición de clases. Contestó que para los peronistas no se trataba de oponerse a la empresa privada sino más bien de asegurar que contribuyera al bien público:

“En lo que respecta a las clases sociales ellas existen para nosotros sin lugar a dudas y creemos que su existencia no es creación artificial de nadie, sino más bien que ello obedece a un orden natural imposible de anular. En este aspecto lo que propugnamos es no que desaparezcan las clases en cuanto tales, sino que todos concurren a un solo interés que a nuestro juicio debe ser el bienestar social.”⁷

De esto formaba parte un concepto implícito sobre el especial papel del Estado como garantía última de la aplicación efectiva de aquellas ideas: el Estado aseguraba la armonía social, moderaba los excesivos intereses de clases, protegía la soberanía nacional. A veces había también en esta afirmación una fuerte nota paternalista. Por momentos implícitamente, si bien con frecuencia explícitamente, se identificaba a Perón con el Estado. “La vuelta de Perón” llegó a ser una garantía de que el Estado seguiría comprometido con el desempeño de ese papel de guía en la sociedad.

Elementos de un contradiscurso

Pero aunque esos elementos tradicionales de la retórica peronista formal pesaban con su presencia en el discurso de la clase trabajadora, en éste se encontraban presentes otros elementos, es decir, fragmentos de

⁴ *Palabra Argentina*, 10 de diciembre de 1957.

⁵ *Azul y Blanco*, 26 de diciembre de 1956.

⁶ *Palabra Argentina*, 10 de diciembre de 1957.

⁷ *Mayoría*, 9 de diciembre de 1957.

lo que ha sido descrito como un “contradiscurso”.⁸ Muchos de esos elementos se encontraban simbolizados en la lucha misma librada por la clase trabajadora. La situación de enfrentamiento directo con los empleadores y con las fuerzas del Estado, así como la intensidad de ese enfrentamiento, generaron e involucraron ciertos valores y opciones morales derivados de la experiencia social concreta, cuyo significado encapsulaban. Las huelgas, según lo hemos sugerido, representaban más que lo que nos transmiten los índices cuantitativos. También tenían su tono y cualidad peculiares, que impartían un carácter particular al pensamiento de los trabajadores en contacto con esa experiencia. Durante este período todos los aspectos de las relaciones de clase se caracterizaron por una virulencia que se hizo notar sobre todo en las principales huelgas. Según vimos, la huelga metalúrgica de noviembre/diciembre de 1956 fue un notable ejemplo de ello. Como muchas otras de ese tiempo, esta huelga simbolizó la solidaridad concreta y el sentimiento de unión de los trabajadores. Conflictos cotidianos de escala mucho menor –consistentes a menudo en disputas por cuestiones de organización en el sitio de trabajo y defensa de delegados y de las normas laborales tradicionales– reafirmaron esos valores de orgullo, solidaridad y confianza en las propias fuerzas. La actividad misma de sabotaje suponía valores muy concretos. Aunque de ningún modo fue una manera de expresión puramente obrera, esta clase de acción influyó claramente sobre las percepciones de la clase trabajadora. El sabotaje en las fábricas no se limitó a ser el rechazo negativo de tal o cual empleador. También representó una afirmación de la capacidad del obrero para hacer frente, así fuera en forma mínima, a una situación social, económica y política que rechazaba, y afirmó su presencia como factor social.

Esta experiencia viva tuvo, pues, sus significados y valores implícitos, que con frecuencia encontramos articulados más explícitamente en los periódicos clandestinos, los testimonios personales y las hojas barriales de ese tiempo, expresiones que surgidas de esa esfera de conciencia práctica a la vez se dirigían a ella. En esas variadas fuentes de la militancia de base se manifiesta ampliamente, por ejemplo, un fuerte antipoliticismo. Alguien que intervino en los episodios de ese tiempo lo recuerda así:

“Durante la Resistencia desdenábamos todo lo político. Para los peronistas lo político significaba la misma cosa que electoral y llamara alguien un político fue percibido como un tipo de insulto. Los de la Resistencia pensaban que solamente los gorilas eran afiliados de partidos políticos”⁹

Este profundo recelo frente al sistema político y sus representantes tenía estrecha relación con la situación posterior a 1955. La credibilidad y legitimidad de un régimen que empleaba la retórica de la democracia a la vez que proscribía a la expresión política de la mayoría eran evidentemente frágiles.

Sin embargo la cuestión no terminaba allí. Además había un notorio escepticismo con las consignas políticas de la ideología oficial. Términos como “democracia”, “justicia”, “libertad”, “imperio del derecho” inspiraban a menudo consideraciones despectivas, pero no en favor de ideas autoritarias y antidemocráticas, sino más bien en relación con la hipocresía de la retórica política oficial. Un periódico mimeografiado que editaban los militantes del Puerto General San Martín, que ya hemos mencionado, expresó así una noción típica en esa materia:

“No es necesario ser inteligente, basta ser un poco sensible para entender que esta ‘Libertad’ está demasiado manchada con la sangre del pueblo; es una libertad repudiada que precisa de la fuerza del miedo, la vigilancia y de la muerte para sostenerla [...] somos demócratas pero no de una democracia en la que la libertad, la justicia y la ley son instrumentos que los opresores utilizan para mantener sus privilegios. Reconocemos que solamente existe una verdadera y auténtica democracia: la social democracia.”¹⁰

Un corolario de este escepticismo político fue una orgullosa afirmación de su existencia como obreros, que más de una vez se expresó como preocupación e interés por la confianza en sí misma y la autonomía de la clase trabajadora. Lo cual reflejaba una clara sensación de aislamiento y de abandono por parte de otros sectores sociales, antes aliados de ellos:

“Los dirigentes nos han defraudado, los políticos nos han engañado, los intelectuales nos han olvidado.”¹¹

⁸ Véase Marilena Chauí: “O discurso competente”, *Cultura e democracia, o discurso incompetente e outras falas*, San Pablo, 1982.

⁹ Citado en Roberto Carri: “La resistencia peronista: crónica por los resistentes”, *Antropología del Tercer Mundo*, junio de 1972.

¹⁰ *Crisol del Litoral*, n° 1, octubre de 1955.

¹¹ *Crisol del Litoral*, n° 1, octubre de 1955. *Ibíd.*

Lamentación que se dirigía tanto a los políticos peronistas como a cualesquiera otros. Pero rara vez esa actitud se quedó en el simple lamento. En definitiva se le sumaba, por lo menos, alguna conclusión política o moral:

“Hasta cuándo seremos la carne de cañón electoral sobre la cual los oportunistas, los aventureros y los atrevidos pisan para llegar al poder”¹²

De allí se derivaba la implícita lección de que la clase trabajadora sufría ese destino debido a sus propias fallas, a su falta de autonomía, a que ella misma permitía que se la utilizara. En mayo de 1956 una coalición de militantes gremiales que simplemente se llamaron Agrupamiento Sindical Argentino hizo circular en las fábricas del Gran Buenos Aires un volante entre cuyas principales afirmaciones se leía:

“Las conquistas que hemos ganado deben ser mantenidas y extendidas por la acción consecuente de los trabajadores sin protectores oficiales que compiten para redimir lo que suponen es nuestra incapacidad o nuestra ignorancia. Nadie hará por nosotros lo que somos incapaces de hacer por nuestra propia cuenta.”¹³

Para remediar esta situación los trabajadores debían convencerse de su propio valor, de su presencia como la clase fundamental de la sociedad. Los militantes que publicaban *Crisol del Litoral*, por ejemplo, volvían a menudo a ese tema, muchas veces en tono de imploración:

“La dinámica social está en nosotros, en nuestros pechos, nuestros músculos, nuestras manos.”¹⁴

En muchos otros materiales publicados en ese momento por los militantes de base pueden hallarse idénticas afirmaciones del propio valor y de la importancia de los trabajadores en la sociedad. Un documento de una organización titulada simplemente Agrupación Obrera, de Lomas de Zamora, empezaba por afirmar que:

“La Revolución realizada por la oligarquía que siempre dominaba nuestra sociedad [...] está subestimando el poder y el valor de los trabajadores [...] pero, ¿han pensado para qué sirve su dinero? El dinero sólo tiene valor para comprar bienes para uso o consumo. ¿Quién hace con su energía todos, absolutamente todos, los bienes? ¡¡¡OBREROS!!! Ni marineros, ni soldados ni empleados ni comerciantes hacen bienes [...] ellos sólo consumen [...] mientras que los que producen, los obreros, nunca ganan suficiente para poder disfrutar las mercancías que hacen [...]. Perón entendía esta verdad innegable [...] sabía y sabe que ustedes son la base de todo: las casas, los rascacielos, las máquinas, los caminos, los puertos, todo, todo está hecho por ustedes. El capital está muerto, no tiene valor sin trabajo que lo transforme en un producto. ¿De qué sirve el dinero en los bancos si éste no es usado para crear mercancías que representan riqueza? ¡Ningún uso! ¿Para qué tener millones en billetes si no hay comida para comprar? El capital sin ustedes es un cadáver que se está pudriendo.”¹⁵

El volante bosquejaba la estrategia que debía seguirse: una huelga general total y una negativa de los trabajadores a producir, consumir o distribuir durante cinco días. Esto enseñaría a la oligarquía qué valor tenía sin el concurso de los trabajadores y aumentaría las posibilidades de retomo de Perón.

Esta extraña mezcla de anarcosindicalismo, teoría económica marxista y devoción personal a Perón no debe ser tomada con ligereza como pintoresca anécdota de confusión conceptual. A mi juicio representa una recapitulación condensada de la experiencia de un significativo sector de la clase trabajadora antes de 1955, así como una afirmación de esa experiencia y las lecciones que dejó para la situación posterior a 1955. También esto fue hecho en una forma que potencial e implícitamente, desafiaba muchos de los supuestos de la ideología peronista formal. Corresponde subrayar que entender así ese proceso no significa negar su complejidad y ambigüedad. Depuesto Perón, el propio discurso oficial peronista había adoptado una actitud más radical, lo que por cierto contribuía a legitimar las ideas de los militantes de base acerca de la autonomía de la clase trabajadora. Pero sin duda alguna también había elementos que incluso a un peronismo oficial de posición más extremista le habría sido difícil absorber. Por añadidura, las formas de organización que la estima propia y la autonomía de la clase trabajadora podían asumir fueron a menudo planteadas muy

¹² *Ibíd.*

¹³ Volante en posesión del autor.

¹⁴ *Crisol del Litoral*, n° 4, diciembre de 1955.

¹⁵ Volante en posesión del autor, probablemente de fines de 1956, que se dirige simplemente a los “Obreros argentinos”.

concretamente. *El Cuarenta*, por ejemplo, publicó un detallado estudio de la estructura celular en las fábricas como manera de asegurar la independencia y la eficacia organizativa de la clase trabajadora.¹⁶

Ideología formal y conciencia práctica

Las formas específicas de subjetividad producidas por el proceso que bosquejamos encontraron expresión parcial en algunos de los conceptos y principios que, según hemos sugerido, estaban presentes en el discurso de la clase trabajadora posterior a 1955. Esta cultura de las bases, este “sentido común de los trabajadores peronistas evidentemente impone una dimensión ambivalente a nuestra comprensión del impacto de la ideología peronista formal en los obreros durante el período que siguió inmediatamente a la caída de Perón. Pero debemos cuidarnos de oponer rígidamente entre sí y separar ambos componentes. Aquí estamos examinando un proceso histórico e ideológico. Según vimos, los principios más formales y tradicionalmente válidos del peronismo fueron sin duda una presencia importante en la cultura de la clase trabajadora y contribuyeron poderosamente a formar sus percepciones. Más que ante una separación o una oposición rígida estamos ante una tensión, tanto explícita como implícita, entre ambos elementos. Esa tensión a su vez se relacionaba con otra tensión siempre presente entre la realidad experimentada, y la “conciencia práctica” que ésta generaba, y los principios de la ideología formal.

Acerca de esa tensión Raymond Williams ha comentado: “Allí donde se puede observar directa y explícitamente esa tensión, o donde se puede encontrar alguna interpretación alternativa, siempre nos mantenemos dentro de una dimensión de formas relativamente fijas. Pero con frecuencia no menor la tensión es un malestar, una presión, una latencia: el momento de la comparación consciente aún no ha llegado, y con frecuencia ni siquiera llega”.¹⁷ Los mecanismos que intervienen en el manejo de esa tensión son diversos. Así, por ejemplo, en el período posterior a 1955 una solución adoptada como posible por los trabajadores peronistas consistió en insistir en una interpretación literal de los principios ideológicos tradicionales. Esto fue en parte añoranza de un pasado en que las nociones de la realidad y de la ideología formal coincidían. Y en parte supuso una insistencia sobre la legitimidad de conceptos ahora incompatibles con la experiencia. En este caso, nociones como “armonía de clases” y “justicia social”, adoptadas por los trabajadores peronistas, no parecen negar la realidad sino más bien proponer una alternativa moral, reclamar una sociedad mejor. Esa insistencia literal en el valor de máximas ideológicas tradicionales en contextos sociales radicalmente distintos no podía menos que tener efectos perturbadores sobre la coherencia interna del discurso peronista formal.

Otro mecanismo para resolver esta discrepancia consiste en plantear nociones alternativas, o incluso opuestas, que se correspondan más adecuadamente a la experiencia de la clase trabajadora. Elementos de esas interpretaciones alternativas estaban claramente presentes en el discurso de los militantes de base que hemos examinado, allí donde pone el énfasis en la autonomía de la clase trabajadora y el papel exclusivamente propio de los trabajadores en la sociedad. La expresión más explícita de esas interpretaciones alternativas dentro del peronismo puede ser hallada en el programa que las 62 Organizaciones adoptaron en la reunión que celebraron en La Falda en noviembre de 1957. El documento incluía proposiciones en favor del control de la producción por los trabajadores y la destrucción de la oligarquía.

Debemos subrayar de nuevo la ambigüedad, el carácter contradictorio y la irregularidad del proceso que estamos describiendo. Los principios tradicionales rara vez fueron lisa y llanamente abandonados. En cambio perduraron a veces en forma modificada, quizá con implicaciones y significados modificados, en otros casos con nuevos y alternativos elementos sobreimpuestos a ellos, y también a veces en manifiesta contradicción con otros elementos del discurso ideológico de la clase trabajadora. Los ejemplos de esto último abundan en los materiales impresos del período de la Resistencia. Ya hemos visto que la afirmación de la autonomía de la clase trabajadora iba de la mano con la afirmación de la mística peronista. El concepto de que había un interés común a trabajadores y patrones en la protección de la industria nacional persistió incluso en momentos en que el conflicto de clases culminó, así como persistió la idea del capital humanizado. Con frecuencia la identificación de un enemigo de clase fue no menos ambigua, incluso para trabajadores que padecían los efectos tanto de las listas negras de los empleadores como de la represión estatal. En ocasiones, la burguesía nacional era incluida entre los enemigos de la clase trabajadora, virtualmente sola en el espectro social. En este caso, el fuerte sentido de identidad corporativa de la clase trabajadora implicaba una nítida identificación de un enemigo de clase. En otras ocasiones, se consideraba

¹⁶ *El Cuarenta*, nº 2, mayo de 1957.

¹⁷ Raymond Williams: *Marxism and Literature*, Oxford, 1977, pág. 130 (hay trad. cast.).

que la burguesía nacional era simplemente incapaz de comprender los intereses comunes que tenía con los trabajadores.

En parte, la razón de esta ambigüedad reside en la índole misma del contexto político general en que los obreros peronistas actuaron en ese tiempo. La división del país entre peronistas y antiperonistas tuvo por efecto que un intenso conflicto de clases fuera absorbido por una polarización política que, en definitiva, no se basaba en las clases. “Peronista” y “antiperonista” no eran necesariamente sinónimos de posiciones de clase. Lo que fue acentuado por la concienzuda actitud del gobierno antiperonista. El decreto 4161, dado en 1956, prohibía y castigaba con cárcel la posesión de una foto de Perón en una casa particular y el hecho de cantar una canción peronista o de pasar un disco que la contenía, lo que llevó la dicotomía política de la Argentina al nivel más elemental de la vida diaria. Si un obrero podía ser detenido por ir al trabajo en una bicicleta que tenía pegada una foto de Evita, mal podía sorprender que la figura de Perón y su retorno al poder sirvieran de centro a esa rebelión. Esto implicaba atravesar las líneas divisorias entre clases. No obstante su amargura y su aislamiento, la clase obrera comprendió claramente que la Resistencia se presentaba como una lucha al margen de las clases:

“para el peronismo de la resistencia no había duda de que el enemigo principal era el antiperonismo cualquiera sea su aspecto; y a la inversa el amigo fundamental era otro peronista. Delegando en Perón la suma de lo que era bueno y justo, la resistencia no precisaba de ninguna diferenciación interna. De este modo el neonazi podría luchar hombro a hombro con el protocomunista”.¹⁸

El enemigo fundamental era el gorila que teóricamente podía ser desde un compañero de trabajo hasta un oligarca.

Por añadidura, se diría que algunos de los valores y supuestos que integraban la cultura de la clase trabajadora en ese tiempo eran asimilados y reflejados por los principios formales de la ideología peronista más fácilmente que otros. Los supuestos relativos a la plena integración de los trabajadores, en cuanto ciudadanos, a la vida política, así como los relativos al papel político de los obreros en la sociedad civil, planteaban pocos problemas cuando se trataba de articularlos a la ideología peronista oficial. Ernesto Laclau considera que esos eran elementos “democráticos populares” dentro de un discurso ideológico, relacionados con un plano de antagonismo social y político que no coincide con el conflicto de clases por lo económico, sino con lo que ese autor llama el antagonismo entre el pueblo y el bloque en el poder”.¹⁹

A esta categoría pertenecían también las nociones sobre el papel de la clase obrera en el desarrollo económico y la defensa del Estado nacional y popular.

Por otro lado, los supuestos y principios derivados de la experiencia del conflicto de clases no eran tan fáciles de expresar. Ese fue particularmente el caso de los conflictos surgidos en el proceso laboral. Uno de los legados más importantes del peronismo había sido una cultura de planta y taller que afirmaba los derechos de los trabajadores en el proceso del trabajo mismo. Estos conceptos rara vez eran articulados explícitamente en términos ideológicos más específicos. En la medida en que eran formalmente expresados y justificados, lo eran en términos de las tradicionales máximas peronistas sobre justicia social y bienestar social. Con la mayor frecuencia se mantenían implícitos, presentes en la conciencia práctica en el lugar de trabajo, explícitos en conflictos concretos en el plano del taller. El peronismo oficial tenía poco que decir sobre esas áreas de experiencia de la clase trabajadora, de modo que la tensión causada por ese vacío entre los conceptos formales peronistas de armonía social y capital humanizado no explotador y, por otro lado, la experiencia vivida en la planta y el taller se expresaba en gran medida –para usar de nuevo la frase de Williams– como “un malestar, una presión, una latencia”. Lo cierto es que no se puede ignorar la presencia de esos factores de clase latentes, sumergidos a medias. En el curso de la década siguiente habían de representar un obstáculo con el que tropezarían tanto los empleadores como el Estado.

Nostalgia y obrerismo en la conciencia de la clase trabajadora

Raymond Williams ha desarrollado el concepto de “estructuras de sentimiento” para referirse a esas tensiones y desplazamientos que se rehuyen a una expresión ideológica formal y sin embargo “definen una cualidad particular de experiencia y relación sociales”. Distintas de la ideología formal, “conciernen a significados y valores tal como se los vive y se los siente activamente”.²⁰ En la Resistencia peronista

¹⁸ Carri, “*La Resistencia peronista*”.

¹⁹ Ernesto Laclau: “Towards a theory of populism”, *Politics and Ideology in Marxist Theory*, Londres, 1977, pág. 143-200 (hay trad. cast.).

²⁰ Williams: *Marxism and Literature*, pág. 132.

encontramos un período de historia de la clase trabajadora cuyas estructuras de sentimiento” estaban profundamente penetradas por resonancias de clase y cuyos elementos característicos contribuyeron a establecer el tono de las relaciones políticas y sociales no sólo en el tiempo inmediatamente posterior a 1955, sino también para toda una generación de peronistas de la clase obrera.

Uno de los elementos característicos que definieron esa “estructura de sentimiento” fue sin duda un obrerismo de hondo arraigo, una exaltación de lo que podríamos llamar el “populismo obrerista”. El análisis formal no permite perfilarlo del todo, pero sus resonancias son de cualquier manera discernibles. Se las advierte en el lenguaje. El peronismo de la clase trabajadora se exaltaba identificándose con “la chusma”, “los grasas”, “los descamisados”, “los cabecitas negras”. Al mismo tiempo, había animosidad y desprecio hacia el no obrero. Creo que muchas hojas de barrio, escritas en términos crudos, que circularon en ese momento, deben ser interpretadas en términos de esta resonancia particular. Una que circuló en Rosario en 1957, con el título de *Juancito*, contiene una nota que podría ser relegada a la esfera de lo trivial si no reflejara precisamente esta cuestión de los “valores tal como se los vive y se los siente activamente”. Titulada “Todo el mundo debe tener uno”, exhorta a los peronistas a elegir su propio “gorila”:

“Eljalo en su club o dondequiera, cuídelo, pero sea un poco perverso, haga su vida divertida. Cualquier cosa servirá; rompa sus ventanas, haga pis en su jardín, mándeles notas anónimas, haga sonar su timbre a las tres de la mañana. Cuando llegue la hora indicada el hijo de puta sabrá que es un hombre marcado.”²¹

El tono de este y muchos otros fragmentos publicados por esa prensa está impregnado de amargura, frustración y desprecio visceral por el enemigo social y político.

Al mismo tiempo, este obrerismo latente e implícito contenía una afirmación de la existencia de la clase trabajadora, que no siempre se formulaba, sin embargo, en términos de un llamamiento, políticamente articulado, en favor de la organización autónoma, o de una conceptualización del papel de la clase trabajadora como productora de riqueza social. En cambio encontramos con frecuencia una afirmación de un sentimiento de clase expresado poco menos que en términos de un folklore que subrayaba la dureza y la aflicción de la vida de la clase trabajadora, así como celebraba los valores afectivos asociados al hogar y la familia, el barrio y los compañeros de trabajo. En otro número de *Juancito* encontramos, por ejemplo, un suelto donde se exhorta a las madres que tienen hijos en el servicio militar a despertar en ellos su solidaridad con sus compañeros, los trabajadores:

“Hágale sentir su amor y extrañar a su hogar; recuérdale del sudor amargo de su padre y de las lágrimas tiernas de su madre, todo el dolor y el amor de su hogar humilde. El sentimiento de su propio cuarto, el grupo del barrio, los muchachos del taller. Nada más hará falta. Si hace todo esto su hijo el soldado nunca tirará sobre su propia gente.”²²

Otro elemento, más problemático, de la “estructura de sentimiento” característica de ese período fue la nostalgia por la era peronista. Tanto en los testimonios personales como en los panfletos clandestinos se subraya insistentemente el contraste entre el caos y los conflictos de la vida bajo el régimen militar y la armonía y unidad social de la Argentina anterior a 1955. Presentes con claridad en esa nostalgia había elementos de fantasía regresiva por “los buenos días de antes” de una “edad de oro”, meditación quejosa por un pasado utópico y glorificado. Pero eso no era todo. Por idealizada que fuese la visión del pasado peronista, no se trataba simplemente de una estructura conceptual agradable de imaginar a capricho. De esa “utopía” reciente se tomaban selectivamente elementos adecuados para atender las actuales necesidades y apuntar hacia futuras esperanzas. En particular, el pasado no servía sólo para anhelar el restablecimiento de un confortable idilio entre billeteras abultadas y hoteles sindicales en Mar del Plata, sino también como base para reclamar una sociedad futura fundada en la justicia social y el cese de la explotación.

El fundamento último de tales esperanzas residía en una noción del Estado –extraída de la experiencia en los tiempos de Perón– como motor del desarrollo nacional y, más decisivamente, como esfera donde la clase trabajadora debía buscar la satisfacción de su deseo de justicia social. Ello no significaba que los trabajadores no tuvieran conciencia de la índole clasista y partidista del Estado existente. Más bien representaba un enunciado de lo que el Estado *debía ser* en lo futuro a partir de una interpretación selectiva de lo que *había sido* en el pasado. El Estado, en cuanto esfera pública soberana, *debía ser* la garantía de

²¹ *Juancito*, Rosario, 18 de setiembre de 1967.

²² *Juancito*, Rosario, octubre de 1957.

justicia y acaso alcanzara de nuevo esa condición si se lograba protegerlo contra el poder de los ricos, la oligarquía. Sobre esta visión de un Estado *potencial* idealizado había de fundarse el apoyo que la clase trabajadora dio a Frondizi en 1958.

Análogamente, la posición personal de Perón en esa actitud nostálgica involucraba más que la búsqueda de un reconfortante líder paternalista. La figura de Perón y sus atributos alcanzaron proporciones poco menos que míticas en el período 1955-58, pero de nuevo debemos insistir en que los elementos de ese mito no fueron imaginados arbitrariamente. En las mentes de muchos trabajadores enfrentados con el poder de los opresores, que no podían negar, y con la consiguiente capacidad de éstos para apartar el uso del poder público de su camino ideal, el propio Perón se convirtió en la garantía indeclinable y en la condición previa que los protegería contra la recurrencia de ese poder. Esto supuso, tal como en su visión del Estado peronista, cierta amnesia selectiva orientada a crear un Perón mítico que sirviera para sus necesidades. Esto fue en alguna medida, por cierto, fabricación consciente del mito. En ese momento los militantes todavía recordaban y discutían las falibilidades de Perón –tanto personales como políticas–, y también eran comunes las bromas sobre su vida privada. Sin embargo, reconocer la “realidad” que había tras el mito no disminuía mayormente la importancia simbólica de la figura creada por los trabajadores peronistas. La “vuelta de Perón” no demostraba una lealtad emocional sin conciencia política. En cambio, como en el caso del activista cuyas palabras sirven de acápite a este capítulo, la vuelta de Perón llegó a simbolizar y sintetizar una gama de aspiraciones de los trabajadores en cuanto a dignidad, justicia social y fin de la aflicción.

La imagen que resulta de este análisis de la ideología y la conciencia en el lapso 1955-58 es, como se ha visto, compleja y matizada. Ciertamente, muchos de los principios tradicionales de la ideología peronista conservaron su atracción. Continuaron demostrando su capacidad para expresar ciertas necesidades y antagonismos emergentes de la experiencia y la actividad cotidiana de los trabajadores. El intenso conflicto de clases de aquel tiempo fue en definitiva absorbido por una dicotomía política que, sin basarse en clases, resultó ser más poderosa. De cualquier manera, también se ve claramente que no se operó una simple fusión de las máximas tradicionales del peronismo y las percepciones y acciones de la clase obrera. En ciertas esferas, particularmente las relativas a específicas cuestiones de clase derivadas del proceso de producción, hubo un manifiesto desacuerdo entre la realidad vivida y la filosofía formal. Esta discrepancia constituyó la base para la aparición potencial de elementos de un contradiscurso. Había entre esos dos campos una compleja relación recíproca que, según he sugerido, a veces se resolvió explícitamente en favor de nuevas interpretaciones alternativas o, con la mayor frecuencia, se resolvió en la coexistencia de elementos contradictorios.

Así fue como el pesar, el resentimiento y la nostalgia experimentados ante la extinción de una sociedad armoniosa e idealizada y su correspondiente discurso marcharon de la mano con el descubrimiento de las coercitivas relaciones sociales y políticas del presente. Si bien esto favoreció sin duda alguna la adopción de posiciones más extremas e intensificó las tensiones en el seno del peronismo y del discurso peronista, ese proceso se operó dentro del contexto y los términos proporcionados por la retórica peronista existente, por lo que se alcanzó un equilibrio ambivalente entre la ideología peronista formal y los elementos de un contradiscurso en formación y a menudo sólo latente. La ambigüedad inherente a esta situación tuvo un nexo causal directo con la inestabilidad social y política de los años siguientes. En la base del apoyo peronista a Frondizi se encontró sin duda la idea de la recreación de un genuino Estado nacional y popular donde por fin pudiera establecerse la justicia social, idea que contribuyó a legitimar la actividad política de los dirigentes sindicales en la década 1960-70. Sin embargo, la experiencia de la Resistencia y su específica estructura de sentimientos, hecha de orgullo, amargura y sensación de solidaridad y poder de clase, también constituyó la base de una prolongada oposición obrera a Frondizi y los burócratas sindicales, porque proporcionó criterios sociales y morales para políticas públicas que discrepaban directamente con las ideas fundamentales del Estado desarrollista.

5. RESISTENCIA Y DERROTA: IMPACTO SOBRE LOS DIRIGENTES, LOS ACTIVISTAS Y LAS BASES

“Y no ceden por traidores, ni porque están vendidos a Frigerio ni a Vitolo; ceden porque han entrado por la variante de que los obreros son los responsables de todo. La tremenda presión del gobierno y de la propia patronal y lo 'nacional y popular' puede más que el clamor de los obreros de las fábricas, de las que están alejados. En otras palabras, ceden porque ellos son la dirección de una etapa; la de la resistencia a los gorilas donde no cambian tratativas. Pero han dejado de reflejar en su conjunto a los combativos delegados de los plenarios.”

Delegado anónimo ante la reunión
de las 62 Organizaciones, noviembre de 1958.

Desarrollismo: su atracción y su rechazo en los nueve primeros meses de Frondizi

A fines de octubre de 1958, cinco meses después de asumir Arturo Frondizi la presidencia, estalló una huelga en los yacimientos petrolíferos de Mendoza. La huelga era dirigida por una coalición de militantes comunistas y radicales y tenía por fin protestar contra los contratos que Frondizi había firmado con empresas petroleras extranjeras. El sindicato que tenía jurisdicción en los yacimientos, controlados por el Estado, era el Sindicato Unido de Petroleros del Estado (SUPE). El sector peronista del sindicato afirmaba contar con el apoyo de la mayoría de los obreros, pero no había podido demostrarlo efectivamente porque las nuevas elecciones, si bien preparadas, aún no se habían llevado a cabo. El 13 de diciembre, la agrupación peronista del sindicato, es decir la Junta de Petroleros, reaccionó abiertamente contra la huelga, y la misma actitud adoptó el conjunto del movimiento oficial. Al plantearse por primera vez, en junio y julio de ese año, la cuestión de los nuevos contratos petroleros, la jefatura de las 62 Organizaciones había denunciado la oposición de “ciertos elementos agitando banderas supuestamente nacionalistas”.¹ En lenguaje muy similar al empleado por el gobierno para justificar los contratos, los había defendido como necesarios para asegurar el futuro autoabastecimiento de energía y romper así el vínculo de dependencia colonial. Recurrir a capitales extranjeros para ese fin era legítimo. En octubre, frente a la huelga, se siguió la misma línea. La Junta de Petroleros exhortó a los trabajadores peronistas a ignorar el llamamiento a la huelga. El Consejo Coordinador y Supervisor del Peronismo, ente creado corto tiempo atrás por Perón para fiscalizar las actividades del movimiento en la Argentina, adoptó la misma actitud, como lo hizo *Línea Dura*, periódico semioficial del peronismo. En los sectores del SUPE controlados por los peronistas, como en Comodoro Rivadavia, Salta y las refinerías de Ensenada, la huelga no se propagó. El 4 de noviembre Frondizi la declaró ilegal

El deseo de la jefatura sindical peronista de evitar un conflicto directo con el gobierno con motivo de los contratos petroleros no carecía de precedentes. La verdad era que en varias ocasiones, durante los primeros meses de la presidencia frondicista, esos líderes habían retrocedido para no entrar en pugna con el gobierno.² El motivo de la libertad de acción concedida a Frondizi era, al menos en parte, pragmático. Inicialmente, durante el período que medió entre las elecciones y la asunción del poder en mayo, los gremios no hicieron nada que pudiera diferir el traspaso del mando a Frondizi. Una vez éste en la Casa Rosada, optaron por darle la posibilidad de cumplir las promesas formuladas durante la campaña electoral a la clase trabajadora y al movimiento peronista. Los peronistas habían votado a Frondizi a cambio de la adopción explícita, por parte de éste, de ciertos compromisos secretos. Estos incluían: revisión de todas las medidas económicas adoptadas desde 1955 que fuesen perjudiciales para la soberanía nacional, anulación de todas las disposiciones de persecución política, suspensión de todas las proscripciones sindicales y políticas, devolución de la CGT y realización de elecciones en un plazo de 120 días, y reconocimiento legal del partido peronista. Los dirigentes gremiales no querían provocar una crisis institucional que impidiera el cumplimiento de estos compromisos.

Esa actitud cambió radicalmente al llegar, a principios de noviembre, órdenes de Perón en el sentido de que se denunciaran los contratos. El 6 de noviembre el Consejo Coordinador cambió de rumbo y aconsejó

¹ *Línea Dura*, 25 de junio de 1958.

² En julio se rehusaron a intervenir en una campaña contra la negativa de Frondizi a nacionalizar las compañías de servicios públicos DINIE y CADE de propiedad extranjera. En agosto transaron frente a una huelga del personal médico de las obras sociales. Además se negaron a proclamar una huelga para el 17 de octubre.

a los sindicalistas peronistas adoptar “una acción decidida y enérgica de repudio a los convenios”.³ El 9 de noviembre, Frondizi, en un discurso a la nación, afirmó que la huelga formaba parte de un movimiento insurrecto dirigido primero por los comunistas y después por “los que creen en el retorno del dictador depuesto”.

Al día siguiente se declaró el estado de sitio, se movilizaron tropas hacia los yacimientos petrolíferos y se inició el arresto de dirigentes gremiales. Rogelio, Frigerio, considerado el principal arquitecto de la conciliación con los sindicatos peronistas, renunció a sus funciones en el gobierno. Al mismo tiempo, en una tormentosa sesión plenaria de las 62 Organizaciones, los delegados obligaron a un renuente comité coordinador a denunciar los contratos y convocar a una huelga general para el 20 y el 21 de noviembre. Se hizo sentir la fuerza de los militantes de base: 48 delegados votaron por la huelga de 48 horas y 7 en favor de un paro por tiempo indeterminado. Se prohibió terminantemente a la jefatura de las 62 Organizaciones entablar por iniciativa propia negociaciones para concluir un acuerdo.⁴

No obstante esa resolución, los líderes de las 62 Organizaciones empezaron a buscar inmediatamente vías para llegar a un compromiso. En los días siguientes a la sesión plenaria circularon rumores en el sentido de que el vicepresidente, Alejandro Gómez, cuya oposición a los contratos era conocida, conspiraba con sectores fuertemente antiperonistas de las fuerzas armadas. El 14 de noviembre los dirigentes de las 62 celebraron una larga reunión con Frondizi. Se llegó a un acuerdo sobre la mayoría de los puntos en litigio. Se levantaría el estado de sitio, se tomarían medidas para controlar los precios, se aplicaría lo antes posible la nueva Ley de Asociaciones Profesionales y se iniciarían conversaciones sobre nuevos convenios colectivos. Frondizi aseguró a los jefes sindicales que los contratos petroleros no perjudicarían a YPF en lo concerniente a refinación y comercialización. Sobre esta base, la proyectada huelga de 48 horas quedó sin efecto. Se confió a Augusto Vandor, dirigente de los metalúrgicos, la tarea de convencer telefónicamente a Perón de la sensatez del arreglo.⁵ Al día siguiente se canceló la huelga en los yacimientos petroleros.

En sí mismo este episodio no tuvo mucha importancia. El choque definitivo entre los trabajadores peronistas y el gobierno de Frondizi habla de producirse seis semanas después. De cualquier manera, constituyó un acontecimiento sintomático. Se encontraron en juego la mayoría de las variables que determinarían la relación entre aquéllos y éste: el reconocimiento de los beneficios concretos que suponía para los gremios un gobierno constitucional y la inconveniencia de llevar la agitación hasta un punto donde pudiera provocar un golpe militar contra Frondizi: una simpatía ideológica con algunos principios fundamentales del desarrollismo, lo que contribuyó a prevenir el apoyo inicial a la huelga; la divergencia entre los dirigentes sindicales y los activistas de base en tomo de las relaciones con el Estado, y finalmente el papel de Perón en la determinación de la estrategia del movimiento y su posible conflicto con la dirigencia gremial.

El interés que ofrecía, desde el punto de vista de los dirigentes gremiales, no contribuir a la caída de Frondizi era evidente. Para noviembre ya habían obtenido ventajas concretas. La más importante era la Ley 14.455, de Asociaciones Profesionales. Modelada con arreglo al código laboral peronista, estipulaba el reconocimiento de una sola unidad negociadora en cada industria. Esto acababa con las tentativas, efectuadas durante el régimen de Aramburu, de aplicar un sistema de negociaciones multisindical. Además la nueva ley abolía la representación de la minoría en la dirigencia sindical y restablecía el sistema peronista que asignaba a la lista ganadora todo el control del sindicato. En muchos gremios ya se habían realizado elecciones con arreglo a la nueva ley y se habían programado otras en sindicatos donde los peronistas, suprimida la interferencia militar, confiaban en ganar. Los gremios estaban preocupados también por otros puntos de interés inmediato, como la reconstrucción de los fondos jubilatorios y de las obras sociales. El salvamento de las finanzas sindicales dependía crucialmente de la aplicación regular de la nueva Ley de Asociaciones Profesionales, que autorizaba a los empleadores a retener de los haberes de los empleados, en nombre del sindicato, las cuotas que éstos aportaban al gremio. Esa ley había de ser un tema permanente del descontento militar. Entre sus compromisos de largo plazo, Frondizi había asegurado también la devolución de la CGT una vez realizadas las nuevas elecciones: puesto que los peronistas confiaban en triunfar en ellas, podían darse por seguro un papel dominante en la futura Confederación.

Todo esto había de dar a Frondizi una carta de considerable peso que podría jugar en sus tratos con los gremialistas. En los primeros momentos de su gobierno, los sectores clandestinos del movimiento peronista, e incluso el propio Perón, la consideraron una carta falsa. O excluían la posibilidad de un golpe militar, o bien estimaban que no habría gran diferencia en las políticas concretas y la situación del

³ *Clarín*, 8 de noviembre de 1958.

⁴ *Palabra Obrera*, 20 de noviembre de 1958.

⁵ *Qué*, 25 de noviembre de 1958.

movimiento. Pero la dirigencia gremial no podía permitirse tanto optimismo. La declaración del estado de sitio, la renuncia de Frigerio y los rumores de golpe militar durante el incidente con Gómez eran poderosos recordatorios del delicado equilibrio institucional y de cuánto tenían que perder en caso de alterarse ese equilibrio. Si bien tenían muchas razones específicas de queja contra Frondizi, como los aumentos del costo de la vida y la lentitud en la aplicación de la nueva ley laboral, los jefes sindicales en general lo consideraban la mejor opción. Al promediar la crisis de noviembre Línea Dura lo reconoció así, al advertir a sus lectores:

“Si se deja arrastrar al terreno de la violencia servirá inexorablemente a la reacción con todas las consecuencias que ello implica: gobierno gorila, terrorismo, cierre de toda salida que supere la contingencia actual.”⁶

El crédito abierto a Frondizi por los sindicatos no fue simple resultado de consideraciones pragmáticas. Como lo indicó la crisis de noviembre, existía también una simpatía *ideológica* fundamental con algunos principios básicos de la política desarrollista. Desde su postulación como candidato presidencial en noviembre de 1956, episodio que había dividido al radicalismo y conducido a la formación de la Unión Cívica Radical Intransigente (UCRI), Frondizi había desarrollado un programa socioeconómico coherente y distintivo, que llegó a ser el aspecto central de su campaña electoral.

Frondizi y el grupo de intelectuales que lo rodeaba —en primer término Rogelio Frigerio, propietario de la revista *Qué*— sostenían que la Argentina debía romper su viejo modelo económico, con arreglo al cual el crecimiento dependía de una declinante capacidad para importar generada por su tradicional sector exportador, el agropecuario. La Argentina debía producir por sí misma las materias primas y los bienes terminados que hasta ahora importaba del mundo desarrollado. Sólo en esta forma podría superar la división internacional del trabajo, Impuesta desde el exterior, que la condenaba al papel de proveedora de ciertas materias primas al mundo desarrollado, a precios cada vez más desfavorables.⁷ Si bien reconocían la rápida industrialización operada en el país desde la década 1930-40, afirmaban que ese fenómeno se había limitado a la Industria liviana a expensas de las materias primas, los combustibles, la maquinaria y el equipo industrial. En el esquema desarrollista el crecimiento económico era sinónimo de industrialización, y la promoción de una industrialización “genuina” era la piedra angular de la estrategia económica de Frondizi.

En la retórica desarrollista e industrialista de Frondizi, ciertas áreas clave recibieron preferencia. En la campaña electoral de 1957 y principios de 1958 la producción petrolera ocupaba el primer puesto de la lista de prioridades, seguida por el desarrollo de la industria pesada y por el de bienes de consumo de alta tecnología en las esferas petroquímica y electrometalúrgica. También se puso mucho énfasis en la creación de un sistema integrado de transporte por carretera que echaría las bases de una industria automovilística local.

En general, Frondizi y los desarrollistas estructuraron su programa económico en el marco de una vieja tradición nacionalista. Atacaron ciertamente al capital extranjero y preconizaron la protección de la industria nacional contra una competencia desleal, así como la creación de un poderoso mercado nacional basado en el mantenimiento de altos niveles de consumo interno. Análogamente, la reforma agraria tenía sitio en su plataforma. Frondizi se había destacado tiempo atrás como uno de los principales críticos de los contratos petroleros firmados por Perón con la Standard Oil en 1955.⁸ Similarmente, el programa de la UCRI había postulado con toda claridad la nacionalización de la industria petrolera y el mantenimiento de la posición monopólica de Yacimientos Petrolíferos Fiscales. Sin embargo, hacia 1958 Frondizi había aceptado cada vez más la posición sostenida desde 1956 por Frigerio, a cuyo juicio era necesaria la inversión extranjera, tanto pública como privada, para alcanzar la industrialización en la escala pretendida. Al llegar las elecciones de 1958 ya se consideraba que el capital extranjero no era un mal en sí sino que era capaz, bajo un adecuado control estatal, de proporcionar acumulación de capital en áreas vitales de la industrialización.⁹

⁶ *Línea Dura*, 4 de noviembre de 1958.

⁷ Acerca de las ideas económicas de Frondizi véase Rogelio Frigerio: “Morfología del subdesarrollo”, *Introducción a los problemas nacionales*, Buenos Aires, 1965. Véase también Clarence Zuvekas: “Argentine Economic Policy 1958-62: the Frondizi government's development plan”, *Inter-American Economic Affairs*, vol. 22, n° 1. 1968, págs. 45-75.

⁸ Esos contratos habían representado parte de la apertura del régimen de Perón, en sus últimos años, al capital extranjero. Las críticas formuladas por Arturo Frondizi están en su libro *Petróleo y política*, 3ª ed., Buenos Aires, 1960.

⁹ Durante la campaña electoral, Frondizi siguió atacando a la intervención extranjera en la industria del petróleo. En vista del poder simbólico emotivo de ese tema, los desarrollistas eran reacios a extender a esta área su realismo de nuevo cuño en materia de capital extranjero. Sin embargo, no existía ninguna razón lógica por la cual el petróleo debiera ser excluido de ese análisis. Un cambio similar se operó en el pensamiento frondicista acerca de la reforma agraria. Por influencia de Frigerio, la actitud ante ese punto pasó de una exigencia de cambio en la estructura de la propiedad agraria a un énfasis sobre el mejoramiento técnico. Tales cambios provocaron creciente fricción en el seno de

El desarrollismo involucraba también ciertas nociones sociales fundamentales. Recorriendo una vez más un conocido surco del pensamiento nacionalista, empezaba por concebir a la nación como una principalísima categoría que subordinaba y armonizaba en su seno a las clases sociales, los intereses económicos y las fuerzas políticas. Como parte dominante de la nación, la clase trabajadora debía perseguir sus objetivos en el marco del bien común. Se admitía la existencia de conflictos de clase, pero debían ser resueltos en el contexto del bien nacional. Si la clase obrera intentaba prolongar sus ideas sectoriales más allá de los límites impuestos por el bien común se condenaba a sí misma a un estéril enfrentamiento con otros “factores de poder”. A juicio de los desarrollistas, exactamente eso era lo sucedido bajo Perón. En persecución de intereses sectoriales la clase trabajadora había roto la alianza “nacional y popular” con los empleadores, los militares y la iglesia, en Inmediato perjuicio de los trabajadores, que habían debido soportar al gobierno antiobrero y antinacional de Aramburu.

Los desarrollistas prestaron gran atención a la relación entre empleadores y trabajadores. Sostuvieron que si bien el histórico antagonismo entre ambas clases debía ser sumergido en la síntesis nacional global, también era preciso asegurar su papel a una fuerte organización sindical:

“Así como es necesario que los trabajadores puedan participar con su propia organización y con un punto de vista independiente en el curso del desarrollo nacional, es necesario fortalecer y ampliar la acción unida. Esto asegurará que la expansión económica no beneficie exclusivamente el capital nacional o extranjero.”¹⁰

Esta actitud ante la clase trabajadora y su organización formaba parte de una retórica social más amplia, que reunía varias líneas económicas y sociales de la ideología desarrollista y que habitualmente recibía el nombre de “integracionismo”. Resumiendo esta filosofía, Juan José Real, destacado propagandista del desarrollismo, argumentaba que:

“El empleador argentino había superado los estrechos horizontes de los primeros industriales. La 'presencia y representatividad de los trabajadores' ya había sido reconocida y activamente promovida. Maquinarias, materias primas, energía, a las que debía agregarse la tecnología adecuada y una nueva relación entre empleadores y trabajadores, eran la base adecuada del desarrollo.”¹¹

En este contexto es posible apreciar la índole y la profundidad de la atracción que ejerció el desarrollismo sobre los gremialistas peronistas. Resulta claro que esa atracción iba más allá de los beneficios inmediatos prometidos por Frondizi. En el sentido más general, la teoría desarrollista, tal como la expusieron Frondizi y Frigerio, abrevaba en una honda fuente que se originaba en el nacionalismo argentino y arraigaba en la década 1930-40. Según vimos, de esa tradición ya se había apoderado el peronismo. Por lo tanto, en un sentido general el desarrollismo era escasamente innovador, en lo cual residía una de sus fuerzas. Se inspiraba en una tradición ideológica de sólido arraigo. Más específicamente, el nacionalismo económico de Frondizi tenía paralelos en la experiencia peronista anterior a 1955. El segundo plan quinquenal del peronismo, lanzado en 1953, prefiguraba en gran medida el programa económico preconizado por Frondizi en 1957. El primer puesto había pasado a la producción de petróleo, seguida por la de acero, productos químicos y automotores. Análogamente, al principio Perón había puesto en tela de juicio el papel del capital extranjero en el proceso de industrialización. En 1953 se había aprobado una nueva ley, más liberal, sobre inversiones extranjeras, y las metas de mayor producción industrial y petrolera fijadas en el segundo plan quinquenal tenían como premisa inversiones extranjeras en gran escala.¹² El propio Perón había persistido en la defensa de los contratos con la Standard.¹³

la UCRI. Al dividirse el partido radical, Frondizi había atraído consigo a un considerable número de jóvenes militantes que tomaron en serio las líneas más extremas de la plataforma de la UCRI. Véase Ismael Viñas: *Orden y progreso: análisis del frondicismo*, Buenos Aires, 1960, págs. 173 y sigs.

¹⁰ Juan José Real: *30 años de historia argentina*, Buenos Aires, 1962, pág. 172.

¹¹ *Ibíd.*, pág. 172.

¹² Gómez Morales, ministro de Economía, estimó que hacían falta más de 100 millones de dólares en inversiones extranjeras para atender los objetivos de expansión de la siderurgia y 200 millones para la producción de petróleo. Los contratos con la Fiat, la Kaiser y la Standard Oil reflejaron esa preocupación, tal como la reflejó la amistosa recepción brindada a Milton Eisenhower, hermano del presidente de Estados Unidos, cuando visitó la Argentina, en forma oficial, en 1953.

¹³ En su libro *La fuerza es el derecho de las bestias*, Montevideo, 1957. Perón defendió los contratos y denunció como “nacionalistas de opereta” a quienes se oponían a toda clase de inversiones extranjeras.

También en la esfera social el desarrollismo y el peronismo tenían mucho en común. El énfasis puesto por Frigerio y sus colaboradores en la necesidad de que los trabajadores, por intermedio de fuertes sindicatos independientes, colaboraran con otros “factores de poder”, como la Iglesia y los empleadores, coincidía con conceptos fundamentales de la ideología y la práctica peronistas. El discurso desarrollista se hacía eco de la afirmación, contenida en la retórica peronista, de que la clásica relación conflictiva entre el capital y el trabajo se había desgastado y era preciso reemplazarla por el reconocimiento del aporte común de ambos al proceso de producción. En la retórica frondicista también era un lugar común el lenguaje de la revolución empresarial y la moderna filosofía de las relaciones laborales, lenguaje que en los últimos años del Estado peronista había dominado cada vez más los esfuerzos oficiales por acrecentar la productividad.

Existía, por lo tanto, una afinidad subyacente entre los principios clave desarrollistas y ciertas nociones de la ideología peronista formal, y la atracción ejercida por esto constituyó uno de los puntales constantes de la actividad sindical bajo el gobierno de Frondizi y sus sucesores. La búsqueda de una versión u otra de esa estrategia desarrollista había de obrar como una razón fundamental coherente que impulsó la actividad social y política de los sindicatos peronistas en la década siguiente. Sin embargo, las afinidades ideológicas formales no pudieron impedir una profunda ruptura entre los sindicatos y Frondizi. Tal ruptura se centró en el plan de estabilización que Frondizi presentó a fines de diciembre de 1958.

En términos generales, la política económica de Frondizi siguió de cerca la lógica del análisis propuesto por los desarrollistas en los años anteriores: acelerar la Industrialización y racionalizar la producción. En la práctica, la más activa de sus políticas durante los nueve primeros meses involucró un esfuerzo por aumentar la inversión industrial y en particular la inversión extranjera.¹⁴ Estas medidas, junto con las introducidas por el plan de estabilización de diciembre, habían de tener efectos espectaculares. La proporción correspondiente a los bienes de capital producidos en el país en el total de bienes de capital aportados aumentó del 37 por ciento en 1950 al 63,7 por ciento en 1961. En el total de la economía, la inversión fija global creció del 17 por ciento del Producto Bruto en 1955 al 25 por ciento en 1961. Entre 1960 y 1962 el total de nueva maquinaria y equipo comprados fue igual, en precios constantes, a la cantidad de todo el período 1953-58.¹⁵ También en 1962 la Argentina contaba con las bases de una industria de automotores y se autoabastecía de petróleo.

Sin embargo, para fines de 1958 Frondizi se enfrentaba con una crisis crónica de la balanza de pagos. A cambio de un préstamo de *stand by* por el FMI aceptó aplicar un plan de estabilización, que fue presentado a fines de diciembre. El plan incluía una reducción radical de las tarifas aduaneras y los recargos para los bienes de capital importados, una devaluación del peso, la suspensión de la mayoría de los controles de precios y la de las restricciones comerciales cuantitativas. El gobierno enunció también claramente su decisión de aplicar medidas que equivalían a una congelación de los salarios. Este plan quebró la frágil alianza entre los sindicatos y Frondizi. El impacto inmediato del plan sobre la clase obrera fue notorio. Entre 1958 y 1959 los salarios reales bajaron un 20 por ciento, y si bien hubo cierta recuperación en los dos años siguientes, para 1961 se encontraban aún un 5 por ciento por debajo del nivel de 1958. El plan supuso igualmente una notable redistribución de la renta nacional: la parte correspondiente a salarios declinó del 48,7 por ciento en 1958 al 42,1 por ciento en 1961. También gravitó sobre el nivel de empleo al provocar una breve pero aguda recesión en 1959, momento en que los precios aumentaron un 113 por ciento.¹⁶

La política económica de Frondizi, junto con la represión de actividades políticas y gremiales que la acompañó, fue considerada una “traición” por el movimiento sindical. Con la mayor frecuencia, su hostilidad a la política económica de Frondizi se expresó en el lenguaje del nacionalismo y se centró en las concesiones al capital extranjero. Sin embargo, con mayor fundamento los sindicatos condenaron la traición al concepto de que el desarrollo económico podría realizarse sobre la base del consenso entre las clases, y de que la modernización industrial podría ser alcanzada en el marco de una política de redistribución orientada por el Estado. Condenaron a Frondizi por no aplicar la dimensión social de su ideología preelectoral, donde había insistido en la necesidad de un fuerte movimiento gremial que marchara de la mano con los empleadores y el gobierno hacia un “genuino” desarrollo nacional que también beneficiaría a los trabajadores. Ese sentimiento de traición subsistió con fuerza durante toda la era de Frondizi y obstaculizó sin cesar las tentativas del presidente por restablecer su derruida alianza con los gremios.

¹⁴ El decreto 14.780 otorgó a los inversores extranjeros los mismos derechos que a los internos, así como permitió remitir libremente las ganancias al exterior. Otras medidas incluían deducciones impositivas de hasta el 100 por ciento en nuevas inversiones en maquinaria y equipo de transporte.

¹⁵ “Véase Zuvekas: “Economic growth and income distribution in post-war Argentina”; también Mallon y Sourrouille: *Economic Policy Making*, pág. 72.

¹⁶ Zuvekas: “Argentine economic policy, 1958-1962”.

Sin embargo la oposición a Frondizi no era homogénea. Más aún, la idea misma de “traición” suponía la subsistencia de la fe en la eficacia de las ideas “traicionadas”: el acento caía en la buena o mala fe de quién debía aplicarlas más que en la validez de los conceptos “traicionados” mismos. Frondizi había de consagrar mucho tiempo del que le quedaba en el gobierno a tentativas por persuadir a los dirigentes sindicales peronistas de su buena fe y de la permanencia de su compromiso con los conceptos del desarrollo “nacional y popular”. Argumentaba que el plan de estabilización había sido una infortunada necesidad del momento y que las concesiones al capital extranjero eran indispensables para romper los vínculos del subdesarrollo. Con el transcurso del tiempo, según veremos, consideraciones pragmáticas llevaron a los gremialistas a conceder cada vez más a Frondizi, acerca de este punto, el beneficio de la duda.

Existía sin embargo una oposición de distinto tipo a Frondizi, arraigada en el legado del período de la Resistencia. Esta oposición de los trabajadores se sustentaba en la experiencia de los militantes de base que habían luchado contra el régimen militar después de 1955, así como en el característico conjunto de valores y en la “estructura de sentimiento” que esa lucha había engendrado. Por más que la identidad entre muchas nociones fundamentales del peronismo y de la ideología desarrollista hubiera gravitado en favor de una alianza de los trabajadores con el frondicismo, más aún habían de gravitar la experiencia y la cultura de la Resistencia sobre una minoría militante nada desdeñable durante todo el gobierno de Frondizi. La aspereza de la lucha entablada en 1959 contra Frondizi había de confirmarlo más todavía. Esa oposición, que ya se había manifestado en los 800.000 votantes que en febrero de 1958 habían desobedecido la orden de Perón de votar por Frondizi, se expresaría de nuevo en el pedido que formularon las bases en el sentido de realizar una huelga el 17 de octubre de ese año, y otra vez en la simpatía de los delegados de base con la huelga petrolera y el llamamiento a huelga general que esos delegados lanzaron en apoyo al paro de los petroleros.

Esta oposición a Frondizi se inspiraba en los elementos de contradiscurso que analizamos en el capítulo anterior y que, evidentemente, comprendían varias nociones que desafiaban la ideología peronista formal. Más importante, sin embargo, fue el hecho de que la oposición a Frondizi y a todo compromiso con él se basara en una interpretación literal de elementos tradicionales de la ideología peronista, precisamente los mismos elementos que podían llevar a una alianza con el Estado desarrollista. La base de la oposición pasó a consistir en una Insistencia literal en esos elementos. Esto implicaba una Interpretación selectiva de la experiencia peronista. Implicaba insistir seriamente en la retórica del nacionalismo económico, pero omitiendo toda referencia, por ejemplo, a los contratos de Perón con la Standard Oil, o al convenio con la Kaiser, o a la visita de Milton Eisenhower, para subrayar en cambio la nacionalización de los ferrocarriles por Perón y sus denuncias del capital foráneo. También se encontraba presente, si bien implícita, la noción de la importancia del propio Perón. Éste sería capaz de garantizar que no se empleara el poder del Estado en detrimento de los trabajadores o del país.

Todo lo cual acabaría por significar, según veremos, que esta oposición a Frondizi no elaboró una crítica básica formal de las bases de la estrategia desarrollista, sino que persistió bajo forma de un rechazo moral de su impacto, un hondo recelo contra quienes procuraban aplicarla y una insistencia sobre la importancia de los criterios morales y sociales en la política estatal. Para Frondizi, y también ciertamente para crecientes sectores del peronismo, esta oposición pareció adquirir una cualidad autodestructiva, digna casi de los “luditas” (aquellos trabajadores que a principios del siglo XIX se dedicaban en Inglaterra a destruir la nueva maquinaria). Condenaba como traición lo que en realidad consistía en soluciones lógicas de los problemas del desarrollo capitalista, soluciones y problemas que habían sido reconocidos, antes de 1955, por la teoría y la práctica peronistas. Desde el punto de vista técnico la posición desarrollista parecía irrefutable, estructurada como lo estaba en una abrumadora retórica técnica que aprovechaba al máximo lo que un autor ha denominado “el discurso de la competencia” amado por las elites intelectuales y tecnológicas. En el marco del sistema capitalista –con el que la mayoría de los sectores peronistas seguían comprometidos– parecía haber pocas alternativas factibles de ese programa. Sin embargo, esa oposición, centrada en una poderosa minoría militante dentro de la clase obrera, mantuvo a porfía el rechazo de esa lógica e ignoró la razón fundamental que cimentaba los principios ideológicos formales, para remitirse en cambio a las nociones de justicia social, equidad y solidaridad de clase y a un nacionalismo económico tomado al pie de la letra, nociones sacadas de su experiencia de la era peronista y la resistencia posterior a 1955.

Movilización y derrota: 1959-60

1959: crucial año de conflictos

A comienzos de enero de 1959, Frondizi enfrentó una tirante situación de estancamiento en el frente laboral. Aunque se había evitado un enfrentamiento frontal con los sindicatos, en particular los sindicatos peronistas, resultaba claro que su respuesta al anunciado plan de estabilización sería de temer. Las bases militantes peronistas habían salido del tiempo del régimen militar con mucho mayor confianza en sí mismas, que se basaba en su demostrada capacidad para soportar la represión militar y recobrar sus sindicatos. Esa confianza ya se había manifestado en los primeros meses del gobierno de Frondizi. Los militantes de base habían sido mucho menos renuentes que sus líderes a demostrar que reprobaban las insuficiencias de ese gobierno. En los dos últimos meses del año se evitaron grandes enfrentamientos con el gobierno sólo gracias a que la jefatura de las 62 Organizaciones ignoró específicamente la orientación de lucha impartida a las sesiones plenarias por los delegados de base. Esta sensación de confianza y militancia se reflejó en las cifras de huelga para 1958: tan sólo en la Capital Federal se perdieron 6.245.286 días de trabajo.¹⁷

Otro indicador importante de confianza propia consistió en los resultados de las elecciones realizadas cerca de fines de 1958 para organizar los gremios de acuerdo con la nueva Ley de Asociaciones Profesionales. En la mayoría de los casos triunfaron nuevos elencos dirigentes agrupados en las 62 Organizaciones.¹⁸ Las cifras de estos comicios revelan la confianza de las bases en los líderes, en su mayoría nuevos, y su entusiasmo por la actividad sindical. En el gremio textil, por ejemplo, votó alrededor del 91 por ciento de los afiliados, y la lista ganadora, encabezada por Andrés Framini, recibió alrededor de 60.000 votos. En Luz y Fuerza votó el 80 por ciento y la lista peronista triunfó por unos 8000 votos. En el Frigorífico Nacional, Sebastián Borro recibió aproximadamente el 80 por ciento de los votos emitidos. En la Federación de Obreros de la Carne votó el 70 por ciento de los afiliados y las dos listas peronistas rivales que se presentaron recibieron 50 por ciento de los votos emitidos.¹⁹

La actitud de confianza que se refleja en estas cifras había de llevar a la clase obrera, en 1959, a una serie de conflictos de alcances y aspereza sin precedentes. Durante ese año se perdieron 10.078.138 días de trabajo en huelgas realizadas en la Capital Federal, en que tomaron parte más de 1.400.000 trabajadores, alrededor de seis veces el número de los huelguistas del año anterior.²⁰ El hecho que provocó esta conmoción y quebró la engañosa calma de 1958 fue la ocupación del Frigorífico Nacional Lisandro de la Torre por sus trabajadores y la huelga general proclamada en apoyo de esta acción. Nacionalizado durante el primer gobierno de Perón, el frigorífico era propiedad de la Municipalidad de Buenos Aires. Bajo el gobierno de Aramburu se había considerado por primera vez su privatización, de la que había vuelto a hablar Frondizi tras asumir el poder. En diciembre habían circulado rumores en el sentido de que el FMI consideraría la privatización de la planta como un signo de buenas intenciones por parte de Frondizi. Esto se confirmó a principios de enero, momento en que el Ejecutivo presentó al Congreso un proyecto de ley sobre la industria frigorífica cuyo primer artículo establecía la privatización de aquella planta.²¹ No bien fue aprobada esta ley el 14 de enero, una asamblea de 9000 obreros decidieron ocuparla. Estaba situada en Mataderos, en el Sudoeste de la Capital Federal, barrio de larga tradición obrera de combatividad centrada en torno de la planta frigorífica. Al difundirse por la zona la noticia de la ocupación, las fábricas empezaron a suspender el trabajo espontáneamente en solidaridad con los obreros de la carne. También los comercios de la zona y de áreas vecinas, como Villa Luro, Villa Lugano y Liniers, empezaron a cerrar en señal de simpatía. El viernes 16, las 62 Organizaciones proclamaron una huelga general de 48 horas en solidaridad con los obreros del frigorífico.²² En muchas regiones del país la clase trabajadora ya se había lanzado al paro en gran número espontáneamente a medida que la industria de todo el país detenía sus actividades.

¹⁷ “Ministerio de Trabajo: *Conflictos de trabajo*.

¹⁸ En los últimos meses de 1958 los peronistas se impusieron en los sindicatos de textiles, telefónicos y comunicaciones, metalúrgicos, frigoríficos, procesamiento de alimentos, transporte, portuarios, luz y fuerza y zapateros.

¹⁹ Cifras tomadas de *Mayoría*, 20 de noviembre de 1958. Corresponde decir que resulta difícil ser exacto con las cifras de las elecciones sindicales en la Argentina. Sin embargo, éstas me parecen aproximadamente correctas y en la prensa no peronista se profirieron escasas acusaciones de fraude.

²⁰ Ministerio de Trabajo: *Conflictos de trabajo*, cuadro 25. De acuerdo con la International Labour Organisation ésta fue también la cifra más alta de huelgas que se registró en el mundo en 1959.

²¹ El mejor relato de las negociaciones entre el sindicato y Frondizi sobre esta cuestión es la entrevista con Sebastián Borro, En *Lucha*, 2º época, febrero de 1974. Borro confirmó los detalles en su entrevista conmigo, Buenos Aires, enero de 1974.

²² Una exposición sobre la forma en que se gestó esa huelga hay en *Mayoría*. 29 de enero de 1959.

Cuando en la mañana del sábado 17, respaldados por tanques 1500 policías irrumpieron en la planta, la respuesta del país entero fue inmediata. La creciente ola de la huelga alcanzó las dimensiones de una paralización total del país. Los grupos no peronistas, tales como los 32 gremios democráticos y los comunistas, fueron arrastrados por sus militantes de base y dieron su bendición a una huelga de solidaridad. También el comité coordinador de las 62 Organizaciones fue tomado por sorpresa por la rapidez de los acontecimientos. En acción espectacular e improvisada, las 62 transformaron la huelga de 48 horas en un paro por tiempo indeterminado. Se hubiera dicho que la dirección peronista procuraba recobrar el control de una movilización que evidentemente la había sorprendido y sobrepasado. Ciertamente fue una decisión tomada sobre la marcha, puesto que no se adoptaron precauciones contra la represión que inevitablemente seguiría. En efecto, en un lapso de 12 horas la huelga quedó acéfala en el nivel nacional. Muchas centrales sindicales fueron ocupadas por la policía. Dirigentes como Vandor, de los metalúrgicos; Mena y Aosta, de los textiles, Eleuterio Cardozo, de la carne, y Alonso, del vestido, fueron arrestados. Otros, como Framini y Sebastián Borro, se ocultaron.

El martes 20 aquellos dirigentes de las 62 Organizaciones que aún estaban en libertad suspendieron la huelga. La decisión provocó un considerable debate interno. Los representantes de gremios más pequeños –del vidrio, la construcción naval, el caucho– exhortaron a continuar la huelga.²³ Los delegados de grandes sindicatos, como los textiles y metalúrgicos, desmoralizados y desorientados por la detención de sus líderes, estaban en favor de la suspensión. No se efectuó intento alguno por condicionar el levantamiento del paro a la libertad de los presos y a una promesa de que no se tomarían represalias. Después de nueve meses de actuar y ser tratados como dirigentes sindicales “responsables”, ahora parecían estar totalmente desprevenidos para la severidad de la represión. Cuatro días atrás habían concurrido a la residencia presidencial de Olivos para debatir el problema con Frondizi, y ahora se los perseguía y arrestaba.

En cambio los militantes de base no depusieron tan fácilmente su actitud. En centros de clase trabajadora como Berisso, Ensenada y Dock Sur, por ejemplo, la respuesta de los obreros fue tal que esas zonas debieron ser ocupadas por fuerzas militares.²⁴ En la Capital Federal misma, un enorme sector de la ciudad comprendido entre las avenidas Olivera y General Paz, que abarcaba los barrios de Mataderos, Villa Lugano, el bajo de Flores, Villa Luro y parte de Floresta, fue ocupado por los obreros durante cinco días consecutivos. Este fragmento de un relato da idea de lo sucedido en la zona:

“Así se cortó totalmente el alumbrado público de la zona, se voltearon árboles para obstruir las calles, y aprovechando el adoquinado de las mismas, se levantaron barricadas en las avenidas de acceso y en algunas laterales. De esta manera al amparo de la oscuridad total los grupos combatientes pudieron moverse con relativa facilidad durante la noche y neutralizar la acción enemiga.”²⁵

En Avellaneda la huelga era dirigida por un comité de sindicatos locales; allí se habían tomado medidas para contrarrestar la respuesta del gobierno y actuar en la clandestinidad. El lunes 19 empezaron a aparecer en Avellaneda vehículos de transporte público, después de que el sindicato nacional de esa rama dispuso el retorno al trabajo. El comité de huelga local ordenó la cesación de todos esos servicios. Para imponer el cumplimiento de la orden, se enviaron grupos armados de bombas molotov y varios tranvías fueron incendiados. La huelga duró dos días más en Avellaneda, y en algunas fábricas de la zona duró todavía más.²⁶ También en Rosario el paro duró tres días más después de que las 62 Organizaciones lo hubieran dejado sin efecto en el nivel nacional.²⁷

La huelga de la planta Lisandro de la Torre había de convertirse en un poderoso símbolo para el movimiento peronista. Si bien se trataba, fundamentalmente, de una acción defensiva y en ningún momento fue acompañada por un plan político coherente para derribar a Frondizi, de cualquier manera testimonió la extraordinaria combatividad de la militancia peronista de base y la amplia gama de iniciativas que era capaz de tomar espontáneamente. También demostró la profundidad del impacto provocado por la experiencia de la Resistencia y, por comparación, la superficialidad del efecto surtido por el engatusamiento desarrollista del período anterior a 1959. Asimismo constituyó una clara prueba de la hondura del nacionalismo de la clase obrera y de la forma en que este importante puntal de la ideología peronista podía ser usado por los

²³ *Palabra Obrera*, 29 de enero de 1959.

²⁴ *Mayoría*, 29 de enero de 1959.

²⁵ Informe publicado por el Comando Nacional Peronista, grupo clandestino, en *El Soberano*, 2ª época, 9 de marzo de 1959.

²⁶ Entrevista con Tito Dragovitch, Buenos Aires, 10 de setiembre, de 1976- Dragovitch era un militante del sindicato de obreros del aceite comestible, que tenía su sede central en Avellaneda.

²⁷ Entrevista con Alberto Belloni, Buenos Aires, enero de 1974.

trabajadores no como base de la colaboración entre las clases sino más bien como razón fundamental de conflicto entre ellas.

En el corto plazo, la severidad con que el gobierno reaccionó a la ocupación del frigorífico y a la huelga fue una severa indicación del punto hasta el cual estaba dispuesto a llegar en el cumplimiento de su programa económico. Puso fin a cualquier posibilidad inmediata de aplicar un plan de desarrollo integracionista basado en la idea de una alianza nacional “multiclasista” –que incluyera una poderosa organización gremial– como base social y política estable para los planes económicos desarrollistas. El sector del gobierno más estrechamente comprometido con esos conceptos –centrado principalmente en torno de Frigerio– adoptó una actitud de fuerte crítica con la forma en que el gobierno había manejado el episodio. En mayo, Frigerio fue obligado a renunciar como asesor personal del presidente, además en junio renunció el ministro de Trabajo, David Blejer, frigerista. En el mismo mes de junio, Alvaro Alsogaray que había sido funcionario en el área económica con Aramburu, fue designado ministro de Economía. En agosto fue nombrado comandante en jefe del Ejército el general Toranzo Montero, notorio antiperonista. Estas decisiones reflejaron la comprensión, por parte de Frondizi, de que para llevar adelante sus planes económicos debería seguir una línea de dureza. También reflejaron el creciente recelo que Frondizi y sus consejeros desarrollistas inspiraban a la mayor parte de las fuerzas armadas. La designación de Alsogaray se había debido a un pedido directo de los militares a Frondizi. Ese mismo planteamiento condujo también a la renuncia del subsecretario del Ministerio de Defensa, coronel Reimúndez, conocido por sus contactos con la cúpula sindical.

Sin embargo, la clase obrera no fue intimidada por esos hechos. Durante 1959 hubo otros tres conflictos, de alcances sin precedentes, en defensa del nivel de vida. De fines de abril a fines de junio hubo una huelga nacional de bancarios. A fines de agosto los metalúrgicos se embarcaron en un paro nacional, que duró hasta mediados de octubre, en procura de un nuevo acuerdo salarial. El 23 de setiembre el sindicato de textiles declaró por el mismo motivo una huelga por tiempo indeterminado que duró hasta el 9 de noviembre. Además de estos tres grandes conflictos hubo muchos otros de escala menor.

En el seno de las 62 Organizaciones, la militancia de las bases se reflejó en la composición del nuevo comité coordinador elegido a fines de enero, inmediatamente después de la huelga general. Quedó constituido en gran medida por delegados del interior y de sindicatos pequeños que se habían opuesto al levantamiento del paro. Esa composición se debió en parte a que la mayoría de los grandes sindicatos habían sido intervenidos durante la huelga. Pero más importante fue el hecho de que reflejaba el resentimiento contra ellos por su modo de manejar el paro, así como la sospecha de que, antes de enero, el viejo comité se había comprometido demasiado estrechamente con Frondizi.²⁸ Ese proceso de crítica por parte de las bases sindicales continuó. A principios de febrero, una conferencia de delegados de 24 seccionales de la Unión Obrera Metalúrgica, reunida en Rosario, censuró severamente las acciones del Secretariado Nacional del gremio durante la huelga.²⁹ La Federación de Trabajadores de los Servicios de Sanidad, cuyo jefe, Amado Olmos, había integrado el comité coordinador anterior, se retiró temporariamente de las 62 Organizaciones debido a la severidad de las críticas lanzadas contra la dirigencia durante una asamblea celebrada para considerar la huelga. En esa reunión, los delegados de las bases acusaron a sus líderes de aceptar tácitamente el plan de estabilización.³⁰ Ni siquiera la nueva cúpula de las 62 se salvó de los ataques lanzados por las bases. En una reunión que estas organizaciones realizaron a principios de marzo, el comité coordinador fue

“bombardeado desde la barra con epítetos de ‘¡Traidores!’ . ‘¡Vendidos!’.”³¹

La militancia y la decisión de enfrentamiento presentes en un año en que se habían producido cuatro conflictos nacionales de tal envergadura y tres huelgas generales de solidaridad culminaron en la reunión plenaria que las 62 Organizaciones efectuaron en Rosario en diciembre de 1959. El documento político presentado por el comité coordinador rechazó enfáticamente el proyecto económico de Frondizi:

“Con nuestra industria desprotegida, la política económica actual del gobierno significa un retroceso en el avance de nuestro país al cual se lo pretende volver a su anterior situación de Nación exportadora de

²⁸ El nuevo comité estaba formado por Castillo, de la Regional San Martín de la CGT; Jonsch (telefónicos), Poccione (trabajadores del cuero), Racchini (del vidrio), García (del caucho), Orellano (molineros), Domínguez (Chaco), Dotan (Santiago del Estero) y Gazzera (fideeros). Crónicas de la reunión se publicaron en *Clarín*, 30 de enero de 1959, y *Palabra Obrera*, 4 de febrero de 1959.

²⁹ *Palabra Obrera*, 4 de febrero de 1959.

³⁰ *Pueblo Unido*, 12 de marzo de 1959.

³¹ *Ibíd.*

materias primas e importadora de artículos manufacturados que hasta 1944 nos colocara en situación de colonia extranjera. Rechazamos el sistema económico patrocinado por el FMI [...] ya que significa lisa y llanamente la explotación del hombre por el hombre.”³²

El documento, unánimemente aprobado con entusiasmo, reflejó claramente los sentimientos de la mayoría de los militantes peronistas y buena parte de las bases. Retomó la veta nacionalista y antiimperialista de la ideología peronista. Más importante, sin embargo, fue su afirmación explícita de que todo desarrollo no basado en el consenso de clases y en un capital no explotador y humanizado implicaba una regresión, un intento de volver a la dominación que ejercían los intereses terratenientes antes de 1944. Este concepto de un nexo indisoluble entre justicia social y desarrollo económico era, según hemos sostenido, decisivo en el discurso peronista de la década 1940-50 y siguió configurando la idea, sustentada por los trabajadores, de la “traición” de Frondizi, así como su creencia en la posibilidad de un desarrollo nacional “genuino”. El documento denunciaba cómo

“el gobierno estafó vilmente al pueblo en la aplicación del enunciado programa nacional y popular”.³³

Los conflictos de 1959 fueron en muchos sentidos la culminación de la militancia y la confianza que el peronismo de base había adquirido en los años de la Resistencia.

En tanto que los propagandistas del desarrollo argumentaban que era absurdo hablar de un retorno a las condiciones económicas y sociales anteriores a 1943 y que eso demostraba incompreensión de los cambios económicos que se operaban bajo Frondizi, los militantes peronistas y sus bases se guiaban por una lógica distinta y menos abstracta. Las deliberaciones de la reunión de Rosario destilaron un sentimiento de amargura genuinamente experimentado, causado por una traición profunda, como lo indicaron las resoluciones adoptadas al concluir la reunión. Las dos últimas anunciaban una campaña, organizada por los sindicatos, en favor del voto en blanco en todas las futuras elecciones, con el fin de rechazar un gobierno fraudulento e ilegítimo. Asimismo, se declaraba a la clase trabajadora en

“un estado de resistencia civil enfrentando a los poderes del estado, cualquiera que fuere su jurisdicción”.

En muchos sentidos, en los conflictos de 1959 culminaron la militancia de las bases peronistas y la confianza propia que habían adquirido en los años de la Resistencia. La reunión de Rosario significó un paso importante al confirmar la madurez del movimiento sindical y su dominio dentro del peronismo como organizador de la oposición a Frondizi. Sin embargo, a pesar de toda la arrogancia militante de esa reunión, el año 1959 vino a simbolizar también una serie de derrotas cruciales para la clase trabajadora. Al reabrirse en marzo el Frigorífico Lisandro de la Torre, sólo fueron retomados 4500 del total de 9000 obreros, y la planta siguió en manos privadas.³⁴ Al cabo de 70 días de una huelga que los desmoralizó, los bancarios volvieron finalmente al trabajo en condiciones similares. Tanto los metalúrgicos como los textiles perdieron sus batallas por una revisión amplia de sus convenios. Que los dos sindicatos más poderosos fracasaran en sus gestiones para lograr nuevos convenios inevitablemente tendió a disuadir a gremios más pequeños de intentar otro tanto. La mayoría de los contratos firmados concedieron insuficientes aumentos de emergencia en vez de ser auténticas renegociaciones.

Los sindicatos, tanto peronistas como no peronistas, se encontraron en una situación muy desventajosa frente a un gobierno respaldado por las fuerzas armadas y dispuesto a recurrir al poder del Estado para mantener su política económica. En el curso de 1959 muchos de los sindicatos decisivos fueron intervenidos por el gobierno. Por añadidura, la aguda recesión provocada por el plan de estabilización debilitó mucho la posición de los sindicatos para negociar. Los gremialistas veían con bastante claridad que se encontraban en un aprieto desesperado y se hacían pocas ilusiones de vencer. Al promediar la huelga textil, el órgano oficial del sindicato dijo:

“No estamos luchando por un aumento de salarios [...] estamos luchando por la supervivencia del gremio textil, puesto que la intransigencia patronal esta vez no se reduce solamente a negarse a reconocer nuestras justas demandas sino que pretenden que el gremio renuncie a sus conquistas.”³⁵

³² Documentos del Plenario Nacional de las 62 Organizaciones, Buenos Aires, diciembre de 1959, mimeografiado.

³³ *Ibíd.*

³⁴ Entrevista con Sebastián Borro.

³⁵ *AOT* 19 de setiembre de 1959.

La intransigencia empresarial era respaldada por el propio gobierno. La prensa desarrollista criticaba la negativa del gobierno a obligar a las empresas a efectuar un esfuerzo serio para resolver las disputas. El redactor sindical de Mayoría deploró la forma en que habían sido tratados los gremialistas en el conflicto con los textiles y los metalúrgicos:

“Antes de que los sindicatos, espalda contra la pared, declaren la huelga, los patrones se niegan siquiera a hablar de posibles contraofertas, manteniendo en cambio sus primeras ofertas que fueron inaceptables. Y cuando la huelga comienza ellos anuncian ‘No negociaremos mientras los sindicatos empleen medidas de fuerza’. ¿Esto podría ser considerado una manera seria de practicar las relaciones laborales? [...]. Además, las huelgas normalmente comienzan después de varios meses de esfuerzos inútiles en que los sindicatos han andado de una repartición a otra en varios ministerios, al final sin lograr nada.”³⁶

Esto no niega el entusiasmo con que la clase trabajadora participaba en los conflictos. El paro textil había sido resuelto por una asamblea en que tomaron parte 20.000 obreros, que unánimemente aprobaron una huelga por tiempo indeterminado. Aun así, los resultados de esa movilización en gran escala señalaron un giro decisivo en lo referente a la movilización de la clase trabajadora y su confianza en sí misma.

El impacto de la derrota: desmoralización y aislamiento

El impacto de la derrota puede ser medido en parte por las estadísticas de huelgas correspondientes a los años siguientes. Desde el pico de más de diez millones de días perdidos en 1959, las cifras declinaron a muy poco más que un millón y medio en 1960 y 1961, para desplomarse a 268.000 días de trabajo perdidos en 1962.³⁷ En términos no tan fácilmente cuantificables, esas cifras reflejan un proceso de derrota y desmoralización, es decir, el abandono de la militancia y participación por parte de miles de activistas de nivel bajo y mediano, que habían sido el alma de la Resistencia posterior a 1955 y del renacimiento del sindicalismo peronista.

En parte esto fue efecto de la represión estatal y empresarial. Millares de militantes peronistas fueron arrestados con arreglo a las disposiciones de seguridad adoptadas por el gobierno de Frondizi. En marzo de 1960 se aplicó el Plan Conintes (Connoción Interna del Estado), que otorgaba a las fuerzas armadas amplia jurisdicción en la lucha contra todas las fuerzas que crearan “disturbios internos”. En la industria la lista negra se alargaba cada vez más. Sebastián Borro jamás volvió a trabajar en un frigorífico, y su caso simbolizó el de muchos miles de militantes más. Un extraordinario discurso que pronunció el subsecretario de Trabajo y Seguridad Social, doctor Galileo Puentes, en mayo de 1960, nos da cierta idea de las dimensiones que alcanzó esa purga de activistas. Tras jactarse de la forma en que “fueron eliminados de los sindicatos quienes causaban problemas”, el doctor Puentes refirió cómo se había realizado esto en el caso de una importante compañía tabacalera, la Piccardo:

“Me vino a ver el gerente de personal, haciéndome saber mil tropelías que cometía la comisión interna. Según mis instrucciones los delegados fueron echados. Vinieron al Ministerio y yo también los eché, porque allí no estamos para proteger a sinvergüenzas. Muy pronto los obreros sanos empezaron a golpear las puertas de la fábrica. La empresa entonces comenzó a seleccionar: ‘éste entra, éste no’, y así de 800 obreros, 500 fueron retomados y doscientos malandras quedaron afuera.”³⁸

A continuación el doctor Puentes se jactó de la manera en que:

“En Ducilo, Alpargatas y Good Year ya se ha depurado al personal de los malandras, y todos viven felices.”

Así como éste fue el resultado concreto de la derrota de los textiles, en los metalúrgicos pudo advertirse un proceso idéntico. Raimundo Villaflor, miembro del comité de delegados que en 1956 había dirigido la huelga metalúrgica en Avellaneda, describió en los siguientes términos la situación en que él y muchos otros militantes se encontraron:

³⁶ *Mayoría*, 29 de setiembre de 1959.

³⁷ Ministerio de Trabajo: *Conflictos de trabajo*.

³⁸ Puentes pronunció su discurso ante el Círculo Argentino de Estudios sobre Organización Industrial, y su texto fue incluido en los Documentos del *Plenario Nacional de las 62 Organizaciones*, Buenos Aires, mayo de 1960. Una de las principales peticiones que formularon las 62 en ese tiempo fue la destitución de Puentes.

“Me la pasé yirando, changueando, años enteros Era un continuo yirar de montones de gente. No nos daban trabajo, nos perseguían, jamás podíamos hacer pie.”³⁹

De cualquier manera, la lista negra era sólo parte de la historia. También el abandono de la militancia reflejó una gradual si bien renuente aceptación, por muchos activistas de posición media en la jerarquía sindical, de la esterilidad de una oposición continua e intransigente tanto al gobierno como al empleador. Después de la prolongada militancia del período 1956-59, las derrotas de 1959, asociadas a la represión y la crisis económica de los años siguientes, socavaron considerablemente la confianza y el temple de una capa de activistas que tenían papel decisivo. El cansancio y la desmoralización de esos activistas se advirtieron claramente en la reunión plenaria que las 62 Organizaciones realizaron en la Capital Federal en mayo de 1960. En un discurso pronunciado en nombre de la dirigencia de las 62, Eleuterio Cardozo, líder de la Federación Nacional de Trabajadores de la Carne, bosquejó la situación a que hacían frente los sindicatos peronistas. Destacó que la clase trabajadora tenía dos caminos abiertos, uno revolucionario y el otro evolucionista. En la alternativa, la clase obrera debía optar por la única estrategia factible, es decir la legal, la de la evolución. Cardozo no empleó medias tintas al describir el sombrío escenario que enfrentaban los sindicatos ni al preconizar la solución a su juicio necesaria:

“El panorama actual se caracteriza por un retraimiento de las masas con el sector mayoritario proscrito y el movimiento obrero dividido y con un gobierno negativo. Frente a esto es necesario un desarrollo económico que rompa estructuras sin lo cual no hay justicia social posible, y un frente nacional, en el que los distintos factores de poder y la clase obrera se hallen unidos tal cual había ocurrido en la década del 45 al 55. La clase obrera no es el único factor del poder. Nos guste o no nos guste también lo son la Iglesia, el Ejército y las fuerzas económicas. Se debe conversar con todos estos grupos, para lo cual la dirección del movimiento requiere una imprescindible flexibilidad.”⁴⁰

Su discurso no suscitó virtualmente oposición alguna en la asamblea. Pedro Gomis, líder de los petroleros, habló en apoyo de Cardozo. Difícil hubiera sido imaginar un cambio más drástico en relación con la reunión de Rosario y su postulación de “resistencia civil”. La prensa favorable a Frondizi saludó con gran entusiasmo este plenario de las 62.

La única oposición al discurso de Cardozo provino de dos delegados, de gremios relativamente menores. Uno de ellos, Alberto Belloni, representante de la Asociación de Trabajadores del Estado, comentó con bastante claridad lo que significaba, a su juicio, la falta de oposición de los restantes delegados:

“En este plenario Cardozo habló casi dos horas y para mí era la muerte de la resistencia. ‘Hay que reconstruir, dice, el frente nacional con las fuerzas armadas, la iglesia y los empresarios’ [...] y en el plenario un silencio bárbaro. Concretamente, el que se levantó a oponerse fue un español republicano que militaba en gráficos [...] un plenario de 200 delegados donde hubo un silencio mortal y una hostilidad tremenda contra el español y yo. Mi compañero Américo Quijena, un hombre formado en la escuela más dura de la Resistencia, quedó callado. [...] Y Vador dos o tres veces me cortó la palabra.”⁴¹

El silencio de la masa de delegados, que doce meses atrás, en reuniones similares, habían fustigado a la jefatura de las 62 por lo que a su juicio era una traición a la huelga en solidaridad con los obreros de la carne, testimonió la creciente confusión y la erosión de la confianza.

El núcleo humano de la Resistencia, pues, se marchitaba: la base humana de la militancia y la combatividad del período 1956-59 estaba desgastándose. Lo cual se manifestó no sólo en expresiones públicas como las asambleas de las 62 Organizaciones. También era evidente, y acaso en un sentido más legítimo, en el plano personal y privado. Jorge Di Pascuale, dirigente de las 62 Organizaciones, lo recuerda así:

“La dura lucha estaba agotando a mucha gente [...] la represión era cada vez más intensa, el Plan Conintes se introdujo y las condiciones llegaron a ser cada vez más difíciles. Había muchos compañeros que no querían seguir el camino de la confrontación y los íbamos perdiendo poco a poco. [...] la mayoría comenzaban a alejarse de posiciones combativas y a dedicarse exclusivamente a sus propias cosas.”⁴²

³⁹ Walsh: *¿Quién mató a Rosendo?*, pág. 20.

⁴⁰ *La Democracia*, 22 de mayo de 1960.

⁴¹ “Entrevista con Alberto Belloni, Buenos Aires, enero de 1974.

⁴² Entrevista con Jorge Di Pascuale, En *Lucha*, 2ª época, febrero de 1974.

El frenético ritmo de la militancia de años anteriores, la intensidad de la actividad y la renuncia a una vida personal y social que esto implicaba, empezaban a tener ahora fuerte impacto sobre muchos activistas. El siguiente es un testimonio tal vez extremado, pero de ninguna manera atípico, ofrecido acerca de ese proceso por un activista que muchos años después recordó su propia toma de conciencia del precio personal que el activismo suponía:

“Mi hermano y yo entramos en la Resistencia cuando éramos poco más que pibes. Yo tenía 18 años cuando cayó Perón, mi hermano era un poco menor. En los años siguientes nos dedicábamos casi exclusivamente a la militancia sindical. Resulta que los dos sabíamos manejarnos con palabras de modo que nos daban la tarea de escribir la mayor parte de los folletos, todo ese tipo de trabajo. Bueno, la verdad es que perdimos muchas de las cosas que hacen otros muchachos. La lucha fue todo: la revolución social, la vuelta de Perón. Un día, debe haber sido en 1959, mi hermano y yo trabajábamos en nuestra pieza escribiendo un folleto. Fue un día de domingo. Vivíamos en una pensión barata que estaba llena de obreros jóvenes que no tenían familia en la ciudad. Compartíamos esa pieza con otro tipo que trabajaba en el mismo taller que nosotros; de hecho el mismo fue bastante combativo en la fábrica. Aquel día volvió de una fiesta y nos encontró matándonos con la máquina de escribir discutiendo la política. Se asombró y nos dijo: ‘¿Pero ustedes dos nunca van a ver la cara de Dios?’ Por supuesto tuvo razón y de golpe me di cuenta de todo lo que habíamos perdido.”⁴³

No sólo los activistas fueron afectados por ese proceso, porque también se presentó, bajo forma de un creciente fatalismo, en la masa general de trabajadores. Era inevitable que también en este terreno se hicieran sentir las derrotas de 1959, sumadas a los efectos de la política económica del gobierno. En una reunión efectuada en Berisso por el gremio de la carne para discutir los medios de enfrentar los despidos, Eleuterio Cardozo anunció que era “la hora de los patronos”, por lo que correspondía ser realista y concluir acuerdos poco ventajosos. Cardozo no hablaba simplemente como arquetipo de líder sindical que se disculpa por haber cerrado un mal trato, además tocaba una fibra de experiencia común a todo el movimiento de la clase trabajadora. En la misma reunión, un delegado de la planta Armour en Berisso se hizo eco del argumento de Cardozo, diciendo:

“Es imposible una huelga general indefinida por los despidos, dado el retroceso general producido por la política del gobierno [...] una huelga indefinida era lo que estaba buscando la patronal con el objeto de evitarse pagar jornales.”⁴⁴

Tanto este obrero como Cardozo hablaban con la resignación de activistas de un gremio donde en ese momento ya había más de 7000 despidos. La industria de la carne había sido golpeada con rigor excepcional: no solamente padecía la recesión causada por el plan de estabilización, sino también los efectos de una crisis estructural de largo plazo que conduciría al eclipse de los grandes frigoríficos extranjeros. Pero la experiencia de los trabajadores de la carne no era en modo alguno atípica. En ausencia de ejemplos en contra, es decir, ejemplos de militancia victoriosa, el argumento fundamental del pragmatismo institucional, cada vez más usado por los líderes sindicales, no podía menos que recibir así fuera una aceptación pasiva por parte de la mayoría de las bases sindicales.

Un claro caso de esta aceptación, por renuente que fuese, en otros sindicatos puede hallarse en las elecciones internas que el sindicato de los metalúrgicos realizó en febrero de 1961. En la Capital Federal, sobre unos 97.000 afiliados oficialmente empadronados sólo 17.085 se molestaron en ir a votar, o sea unos 8000 menos que en 1958. La Lista Azul, agrupación peronista construida durante la Resistencia en torno de las figuras de Augusto Vandor y Avelino Fernández, perdió más de la mitad de sus votos. En 1958 se había adjudicado la casi totalidad de los 25.000 votos emitidos: en 1961 sólo logró obtener 11.053.⁴⁵ Las cifras de la votación ofrecidas en el Cuadro I para las once principales plantas de la Capital Federal muestran un cuadro más sombrío aún.

CUADRO I

Cifras de las elecciones efectuadas por la UOM en 1961 correspondientes a once grandes plantas metalúrgicas de la Capital Federal

⁴³ “Entrevista con Herminio Alonso, Buenos Aires, diciembre de 1976.

⁴⁴ *Palabra Obrera*, 12 de abril de 1960.

⁴⁵ *Palabra Obrera*, 2 de febrero de 1961.

	Nº de trabaja- dores	Abstenciones	L. Azul	L. Rosa	L. Verde
FAPESA	1.800	929	662	107	102
CAMEA	1.200	574	378	46	202
Centenera	1.200	762	315	94	102
TAMET	1.000	530	355	283	32
CAIGE	800	520	144	56	80
FERRINI	700	545	83	30	42
RCA Víctor	500	339	52	16	93
Decker	500	233	136	51	80
Volcán	500	189	202	51	58
Lutz Ferrando	500	438	16	2	44
SIAM Perdriel	300	223	14	26	37
Totales	9.000	5.282	2.342	762	612

Fuente: volante distribuido por la Lista Verde, opositora.

Las cifras muestran que el 58 por ciento de los trabajadores se abstuvieron de votar en esas plantas: sin embargo en los comicios de 1958 todas ellas habían dado a Vandor una mayoría abrumadora. En 1961 solamente en una planta los votos por la Lista Azul superaron a las abstenciones. En el caso de los metalúrgicos, las derrotas y compromisos condujeron a la abstención antes que al voto por candidatos rivales del liderazgo existente. Pero no siempre sucedió así, pues las derrotas y los compromisos podían conducir a formas de reacción más positivas contra los líderes del momento. Incluso entre los metalúrgicos, en Avellaneda el voto combinado de tres listas opositoras superó el que obtuvieron los dirigentes vandoristas. En el sector de los textiles, Andrés Framini perdió las elecciones en algunas de las principales plantas. En las elecciones para designar la comisión interna de la planta Grafa, en setiembre de 1960, la lista comunista derrotó a una lista peronista disidente que se había separado de Framini.⁴⁶ En La Bernalesa y Sudamtex, dos de las principales plantas del Gran Buenos Aires, las listas peronistas disidentes se impusieron a los candidatos de Framini.⁴⁷ En otros sindicatos, sin embargo, la insatisfacción se tradujo más en abstenciones que en expresiones positivas.

La creciente resignación y la pasividad de las bases inevitablemente debilitó a los activistas que procuraban contener la marea de la retirada. No fue poco común el caso de dirigentes locales y activistas de posición intermedia que se volcaron a posiciones extremistas bajo la presión del ataque patronal y la crisis económica: pero ese proceso tuvo cada vez menos respaldo entre las bases. Un militante de Avellaneda, activista en esos años, recuerda un ejemplo de ese fenómeno:

“Recuerdo que José Vázquez fue el dirigente del Frigorífico La Negra. Era un muchacho que se habla dado a conocer después del 55 y tenía un buen nombre en Avellaneda y estaba en las 62 y la CGT local. Cuando vino la crisis en los frigoríficos en 1960 y empezaron a despedir gente asumió una postura muy combativa y lanzó la huelga en La Negra. Pero el ánimo de las bases no dio para tanto. Sentían que el frigorífico estaba condenado y comenzaron a buscar otro trabajo. Llegó un momento hacia el final cuando la situación fue tan mala que el mismo Vázquez tenía que hacer casi todo, ni siquiera había obreros para distribuir folletos, así que él y algunos amigos tenían que pedir un auto prestado y andar por el barrio.”⁴⁸

El creciente aislamiento de los activistas se tomó cada vez más patente a medida que se marchitaba el apoyo de las bases a la militancia de los años de la Resistencia. Los activistas que se volcaron a posiciones extremas se distanciaron cada vez más de la experiencia que vivía la gran masa de obreros:

“Aquellos dirigentes que proponían más enfrentamientos, más huelgas, llegaron a ser percibidos por las bases como algún tipo de superhombre. No se podía esperar que estos hombres que ya habían sufrido una huelga, que no tenían ningún fondo sindical y que sabían cuán poco trabajo había, no se podía esperar que ellos te iban a seguir de nuevo a la calle.”⁴⁹

⁴⁶ *Palabra Obrera*, 1º de setiembre de 1960.

⁴⁷ *Palabra Obrera*, 11 de mayo de 1960.

⁴⁸ Entrevista con Alberto Bordaberry, Buenos Aires, octubre de 1976.

⁴⁹ *Ibíd.*

Las diferencias entre las respectivas experiencias, los grados de compromiso y los estilos de vida de los activistas y las bases sindicales constituyeron una característica permanente que subyacía en gran parte de la ambivalencia y los dilemas de un militante. Este formaba parte de la clase trabajadora, muchas de sus acciones dependían de ella, y sin embargo en un sentido importante se encontraba al margen de ella. En tiempos de insurgencia general y de confianza, esa brecha podía minimizarse y los líderes y los liderados converger, en cambio, en tiempos de derrota y crisis podía conducir a un profundo aislamiento de los activistas, que quedaban alienados respecto de la gran masa de las bases. A principios de la década 1960-70, Raimundo Villaflor y sus compañeros de Avellaneda trataron de rescatar algo del desastre. La fuerza impulsora de su grupo era Domingo Blajaquis, militante bien conocido en las zonas obreras del Sur del Gran Buenos Aires. Blajaquis había estado desde 1955 en prácticamente todas las prisiones del país.⁵⁰ Rolando Villaflor, hermano de Raimundo, no formaba parte del grupo, y los integrantes de éste, en broma, lo llamaban “la bestia” por sus crudas opiniones y su falta de compromiso con una vida de militancia. Muchas veces al volver a su casa Rolando los encontraba reunidos para hablar de política. Años después, en declaraciones a Rodolfo Walsh, recordaría que en cierta ocasión contestó así las bromas que le dirigieron:

“Pero decime una cosa, le digo, Griego ¿vos, cuantos años tenés? Me dijo cuarenta y pico. Y decime, ¿qué hiciste de tu vida vos? hasta ahora. Porque yo no veo que hayas hecho nada vos. Siempre te lo pasaste en cana porque es la verdad: estuvo en la Resistencia [...]. Y cuando me dijo que no tenía nada, le digo: Claro, qué vas a tener, si vos siempre te la pasaste en cana, molido a palos, muerto de hambre; sos un hombre grande y no tenés familia, no tenés nada, no formalizaste nada.”⁵¹

Blajaquis, Raimundo Villaflor y otros activistas podían retirarse a la circunscripta actividad de pequeños grupos de activistas. Esos militantes también podían, en el corto plazo y gracias a su prestigio personal, llegar a ser una voz dominante en el sindicalismo local –por ejemplo, en la seccional local de las 62 Organizaciones–, pero su posición tenía cada vez menos sostén en la clase trabajadora en cuanto ese sostén dependía de la conciencia de ésta y su disposición a ser movilizada.

Cambiante relación entre líderes, activistas y bases

En los sindicatos, el aumento de la resignación y la pasividad formó el telón de fondo de un proceso de burocratización que se manifestó en una cambiante relación entre líder y bases y en una cambiante actitud de los líderes, así como en una creciente corrupción de los dirigentes. Los activistas de menor jerarquía y los militantes locales de jerarquía media comprobaron que sus sindicatos eran para ellos lugares cada vez más inhóspitos. Raimundo Villaflor recuerda la forma en que ese proceso se operó entre los metalúrgicos:

“Ninguno de los que dirigimos aquella huelga en Avellaneda pudimos volver al sindicato. Se convirtió en una mafia. Hasta los quinieleros independientes desaparecieron: había que bancar para ellos. Los dirigentes hacían negocios de chatarra con los patrones amasaban fortunas, se rodeaban de matones.”⁵²

Para 1960, este cambio se reflejaba en una notoria erosión de la democracia Interna, lo cual se advirtió particularmente en el creciente empleo de fraude en las elecciones sindicales. Después de las elecciones realizadas en 1961 en la Unión Obrera Metalúrgica (UOM), las listas opositoras publicaron un volante donde se detallaban las prácticas fraudulentas aplicadas por la jefatura sindical:

“A sólo 48 horas de las elecciones se ignoran los lugares en que había urnas, y los días en que estarán en los establecimientos, cosa que naturalmente no ignoran los oficialistas dado que las juntas electorales no las forman las distintas listas sino los oficialistas. El padrón de la Capital con 65.000 afiliados registra 90.000 afiliados [...] Ninguna lista que no disponga de los dineros de la organización como la de Vandor puede tener en la calle pagando viáticos a muchos activistas durante 18 días ni disponer de los medios oficiales del sindicato.”⁵³

Estas maniobras contrastaban con el proceso electoral de 1958. En esa oportunidad nadie intentó impugnar las credenciales de los candidatos opositores. En 1961 las candidaturas de varios de los más

⁵⁰ Walsh: *¿Quién mató a Rosendo?*, pág. 37.

⁵¹ *Ibíd.*- pág. 36.

⁵² *Ibíd.*, pág. 37.

⁵³ Citado en *Palabra Obrera*, 12 de enero de 1961.

destacados activistas de la Lista Verde, principal grupo opositor, fueron declaradas ilegales por la junta electoral, controlada por la jefatura del gremio.

En otros sindicatos se produjeron muchos otros casos similares. Esto formó parte del control cada vez más estricto que los dirigentes ejercían sobre las bases y la tolerancia cada vez menor, por parte de ellos, con el surgimiento de focos de discusión donde se manifestaran disentimientos internos. Lo cual se tornó patente sobre todo en el creciente control por los líderes nacionales de los dirigentes de planta. Esta fiscalización a menudo marchó de la mano, en ese tiempo, con la purga de activistas de base. En las grandes fábricas metalúrgicas, por ejemplo, se consumó un riguroso proceso de purga selectiva de militantes conocidos. Los más militantes fueron despedidos, muchas de las comisiones internas de las grandes plantas quedaron disueltas. Entre los textiles, los grupos opositores afirmaron en abril de 1961 que más de la mitad de las plantas de San Martín, suburbio de Buenos Aires donde existe la mayor concentración de fábricas textiles del país, habían sido intervenidas por la jefatura gremial y que las comisiones internas habían sido disueltas por su “actividad opositora”.⁵⁴ Más tarde, en ese año, la jefatura del gremio, conducido por Framini, empezó a crear secretarios generales en muchas de esas fábricas.⁵⁵ Desmoralizados y aislados muchos de los activistas, este proceso de afirmación del control central del sindicato no involucró necesariamente coerción abierta. Muchos delegados internos, exhaustos de luchar contra la corriente, estaban dispuestos a dejarse sobornar, a aceptar lo inevitable.

Muchos de los dirigentes que intervinieron en este proceso habían emergido recientemente como tales en el lugar de trabajo durante la lucha contra el gobierno militar. No estaban separados de los activistas de base por años de privilegios burocráticos. Hacía sólo cinco años que Augusto Vandor había abandonado su puesto en la planta de la Philips, y su posterior papel en la Resistencia le había valido un considerable prestigio personal. En ese tiempo también Andrés Framini era conceptuado un hombre de línea dura, que preconizaba la oposición más intransigente a Frondizi. El estilo de vida y los hábitos personales estaban cambiando, pero las ásperas luchas y penosos conflictos del pasado estaban demasiado cercanos, suponían demasiado una experiencia compartida como para que la corrupción personal explicara por completo el proceso de burocratización.

Gran parte de la explicación debe ser buscada en las actitudes de los propios activistas. El hecho de que compartieran la común experiencia de la resistencia al gobierno militar y las luchas contra Frondizi creaba una relación simbiótica entre ellos y los dirigentes de nivel nacional. En cierto sentido, reconocían en sus líderes a hombres como ellos mismos, habitualmente de iguales antecedentes, aspiraciones y falibilidades. Más aún, en un plano local muchos activistas del período 1955-59 ahora formaban parte de la más alta jerarquía local. Su común lealtad a Perón y al movimiento peronista consolidaba más todavía esa relación. Por añadidura, no obstante el hecho de que la resistencia a los militares y después a Frondizi se hubiera basado primordialmente en los activistas de base y las comisiones internas, nunca se había formulado de modo explícito la importancia de ese hecho, de la necesidad de contar con sindicatos controlados democráticamente. Ante la forzosa ausencia de una estructura burocrática de la cual servirse, la actividad sindical peronista se había tornado, según vimos, más democrática. En un sentido práctico, había muy pocas razones en las que pudiera fundarse una separación entre las bases y los líderes. El resultado final de esa lucha fundada democráticamente en las bases había sido definido como la recuperación de los sindicatos por el peronismo mediante elecciones libres. Se dijo muy poco acerca de la forma en que serían dirigidos esos sindicatos una vez recobrados por los peronistas y resurgidas las posibilidades de manipulación de un aparato burocrático. Se dedicó muy poco tiempo a pensar cómo se garantizaría la continuación de la práctica democrática de facto florecida en los gremios después de 1955.

No se debe exagerar el cambio operado en la práctica democrática gremial. Antes de 1960 esa práctica no era en modo alguno uniforme, tal como tampoco lo era la cambiante naturaleza del gobierno interno en ese momento. La relación entre las bases y los líderes era mucho más abierta y democrática en algunos sindicatos que en otros. Sin embargo, algún cambio por cierto se produjo y fue notado claramente por los militantes. Alberto Belloni, por ejemplo, pone de relieve la práctica democrática inicial y su posterior perversión:

“Cuando entramos en la militancia activa sindical ni sabíamos qué era una moción de orden, nos preguntamos ‘¿qué es esta moción de orden?’ ‘¿qué es una moción de cierre de debate?’. Pero teníamos un gran sentido democrático. Nosotros hacíamos asambleas dos o tres veces por mes en Rosario. Ningún plenario tenía menos de 500 trabajadores, y hemos tenido asambleas de hasta mil y hasta 1.200 en un gremio que tenía como afiliados 3.500. Yo decía: ‘Compañeros, vamos a hacer asamblea. Este es el orden del día, si ustedes

⁵⁴ *Palabra Obrera*, 13 de abril de 1961.

⁵⁵ *Palabra Obrera*, 20 de setiembre de 1961.

quieren agregar algún punto que se agregue. Elijan presidente, elijan un secretario de asamblea y un secretario de actas'. Yo nunca permití que un dirigente del sindicato fuese el presidente de una asamblea. Las asambleas tenían que ser dirigidas por alguien que estaba elegido por las asambleas. Y hubo algo de esto en otros sindicatos. Pero después empezó el caudillismo y el personalismo. El secretario general era el caudillo, el capo, el macho. Pero originalmente desde una orfandad burocrática, que no sabíamos la Instrumentación, llegamos a un sentido ultrademocrático."⁵⁶

Con la mayor probabilidad, el sindicato a que pertenecía Belloni, en Rosario, fue un caso extremo, representativo de una franja final del espectro de la práctica democrática. Parece improbable que la mayoría de los demás sindicatos peronistas compartieran la misma honestidad frente a los procedimientos burocráticos formales. Sin duda la mayoría estaban más cerca de la zona media del espectro. Pero el caso de Belloni es significativo y digno de atención. Como no era peronista, tenía una particular sensibilidad a las cambiantes actitudes de los sindicatos, a los cambiantes márgenes de tolerancia dentro del gobierno interno de un gremio. El hecho mismo de que él, no siendo peronista, fuese una figura destacada en una agrupación gremial peronista, daba testimonio de la relativa apertura reinante en el sindicalismo peronista durante el período inmediatamente posterior a 1955. Sin embargo, Belloni recuerda en los siguientes términos las consecuencias de su abierta oposición a Cardozo en la reunión que las 62 Organizaciones celebraron en mayo de 1960:

“Además la mesa nacional de las 62 presionaba para que me quitaran la voz y la representatividad. Se hizo un acuerdo para que yo no fuera más a los plenarios [...] a partir del 61 yo empecé a perder terreno. Cuando la Resistencia se agota hay una frustración en las bases, un cansancio [...]. Las bases empiezan a concurrir cada vez menos a los sindicatos.”⁵⁷

Ni tampoco ese cambio de actitud se notó sólo en el nivel nacional. Si bien Belloni señala que el hecho de no ser formalmente peronista nunca había sido esgrimido antes contra él, consigna que su posterior aislamiento en el plano nacional tuvo efecto sobre sus compañeros peronistas de Rosario. Los militantes que habían emergido durante la Resistencia, los que compartían la “orfandad burocrática” inicial, también ellos

“empezaron a aislarme, tratarme con sospecha. Estos compañeros también se estaban burocratizando, aprendices de burócratas”.⁵⁸

Asimismo, la corrupción personal formó parte del proceso. Una acusación comúnmente dirigida a uno u otro dirigente sindical de ese momento era la de haber sido sobornado por Frondizi. Es imposible establecer la exactitud de esas acusaciones. Parece probable, sin embargo, que la corrupción tendiera a asumir un carácter indirecto. Por ejemplo, se rumoreó ampliamente que la moderada actitud de la Federación Nacional de Obreros de la Carne durante la ocupación del Frigorífico Lisandro de la Torre y la huelga de ese momento se debió al hecho de que, con arreglo a la nueva ley de carnes, la Federación iba a recibir fondos para su obra social en proporción con la cantidad de carne exportada. En 1959, la Federación recibió alrededor de 11 millones de pesos gracias a ese entendimiento.⁵⁹ Esta especie de soborno –dirigido más al espíritu que al bolsillo personal– era común no sólo entre los dirigentes nacionales, sino también entre los activistas de jerarquía media.

En ese tiempo aumentaron considerablemente las oportunidades de enriquecerse, o al menos de llevar una vida bastante más cómoda dentro del sistema sindical, e inevitablemente atraieron incluso a aquellos militantes que con más desprendimiento personal se habían sumergido en las tareas del gremio. Las recompensas por avenirse al compromiso, por aceptar una vida apacible, eran considerables. Belloni recuerda que en 1960 el sueldo pagado a los representantes de los trabajadores en las cajas de jubilación era de 35.000 pesos. Al escribirle a Perón poco después de la huelga de enero de 1959, John William Cooke previó con exactitud cuál sería la doble atracción de la estrategia de Frondizi con los sindicatos peronistas. Dijo a Perón que

⁵⁶ Entrevista con Alberto Belloni.

⁵⁷ *Ibíd.*

⁵⁸ *Ibíd.*

⁵⁹ Entrevista con Sebastián Borro.

“desde ahora habrá mucho más represión, más cárcel y más palos. Pero también habrá mucho más dinero y muchas más facilidades para quienes quieren comprometerse con el gobierno. En cada localidad o provincia se buscará debilitar al peronismo por medio de una integración práctica.”⁶⁰

Sobre la base de esta especie de “corrupción” muchos activistas asumieron posiciones, dentro de jerarquías sindicales locales, como representantes de la dirección nacional.

El dilema de los militantes: la lógica del pragmatismo institucional

La cuestión básica en el proceso que hemos analizado residía en la aceptación o el rechazo, en los niveles de las bases, de los activistas y de los líderes nacionales, de la lógica del pragmatismo institucional. Esa lógica era inherente a la intervención que un sindicato tiene en las actividades diarias de una economía industrial: se trata de aprovechar las oportunidades que el sistema está dispuesto a ofrecer. Esto, a su vez, se basaba en el reconocimiento de que la situación que enfrentaban los gremios bajo Frondizi era distinta de la enfrentada bajo Aramburu. Si bien distaba mucho de la armoniosa utopía contemplada por la propaganda desarrollista, se habían producido, de cualquier manera, cambios significativos. Por ejemplo, los sindicatos estaban ahora ante la realidad de un sistema de relaciones industriales cada vez más complejo. La Ley 14.455 de Asociaciones Profesionales, a la vez que aseguraba al Estado un rol en la supervisión de los sindicatos, también garantizaba legalmente la existencia de un sistema sindical industrial centralizado y dotado de derechos de negociación que debían respetarse; asimismo, proporcionaba la base financiera, mediante el cobro de aportes obligatorios, para la reconstitución de un poderoso aparato gremial como el que había existido bajo Perón. Frondizi había instituido además un sistema de conciliación obligatoria y arbitraje voluntario que así como confería al Estado un papel en las relaciones Industriales, también consolidaba, mediante un nuevo conjunto de derechos y obligaciones, la facultad de los gremios para negociar. El restablecimiento de los fondos jubilatorios sindicales y de la representación gremial en su administración constituyó otro ejemplo de la creciente complejidad de la trama de relaciones entre los sindicatos y el gobierno.

Las implicaciones que esta situación, más compleja, tuvo para la jefatura sindical peronista se evidenciaron claramente en lo que se ha llegado a conocer como el “caso Cardozo”. Después del discurso que pronunció en mayo de 1960 en la reunión de las 62 Organizaciones, Eleuterio Cardozo, jefe de la Federación Nacional de Trabajadores de la Carne, recibió de Perón signos de disgusto por los sentimientos que Cardozo había expresado. En nombre de la dirección de las 62 Organizaciones, Sebastián Borro había viajado a Madrid, nuevo lugar de exilio de Perón, y traído de vuelta una carta donde se denunciaban los conceptos expuestos por Cardozo y Pedro Gomis. Varias semanas después, en el quinto congreso nacional de la Federación de Obreros de la Carne, Cardozo pronunció un discurso inaugural donde reiteró los conceptos legalistas y evolucionistas que había expresado en mayo:

“El cuerpo ejecutivo luchó por el respeto a los derechos adquiridos y las reivindicaciones alcanzadas, tanto por mérito de la ley como por convenios colectivos. Cuidamos en todos los casos que se reconociera por los organismos estatales la violación de estos derechos. Esta actitud de apoyarnos en los resortes de la legalidad subsistentes en tan débil estado de derecho, no siempre rindió sus frutos pero permitió mantener las estructuras sindicales constantemente amenazadas por la regresión [...]. Que ninguna clase social en la historia del mundo ha demostrado mayor consecuencia en defensa de la legalidad constitucional que la clase trabajadora, porque el imperio de la ley es para las organizaciones obreras lo mismo que el oxígeno para la vida [...]. Como ciudadano soy absolutamente leal al Movimiento y su conductor, el General Perón, y me siento en el deber de responder disciplinadamente a las exigencias de su conducción [...] como dirigente obrero [...] me veo imposibilitado de conducir al gremio por caminos y tácticas que la experiencia me indica impracticables y contraproducentes.”⁶¹

Cardozo ofreció su renuncia, que fue rechazada por los delegados. En su discurso de clausura de la reunión, Cardozo atacó a los que quisieran “minar la moral de las masas, llevándolas contra todo y contra todos”. De nuevo subrayó la necesidad de ser realistas y adaptar las tácticas a las realidades de la situación. Esa realidad incluía, ante todo, un sistema legal que otorgaba a los trabajadores y a los sindicatos derechos que éstos debían utilizar y defender. Algunas semanas después de la conferencia, Cardozo fue expulsado del movimiento peronista y de las 62 Organizaciones por deslealtad a Perón y al movimiento.

⁶⁰ Perón-Cooke. *Correspondencia*, vol. 2, pág. 147.

⁶¹ *El Trabajador de la Carne*, agosto de 1960.

A todo eso, lo notable de los sentimientos expresados por Cardozo fue su carácter totalmente razonable; representaban, por así decirlo, afirmaciones típicas dictadas a un líder sindical por el sentido común. El reiterado énfasis de Cardozo sobre la necesidad de ser evolucionistas, de trabajar dentro del sistema, era en la práctica un punto de vista que otros líderes sindicales peronistas no podían dejar de compartir. No podían permitirse, por ejemplo, despreocuparse por la suerte del gobierno de Frondizi cuando recibía amenazas de los militares. Por ilegítimo que pudieran considerar a su gobierno, el caso era que, en definitiva, la legalidad de Frondizi era una legalidad que incluía la Ley de Asociaciones Profesionales. Los dirigentes gremiales debían tomar en cuenta las posibles repercusiones de sus movilizaciones sobre la Intranquilidad militar. Entre enero de 1959 y abril de 1961 se habían producido siete “incidentes” militares de consideración, que suponían retos a la autoridad presidencial y en todos los cuales había influido la insatisfacción militar ante la ley 14.455.

En forma similar, por mucho que Frondizi pudiera disgustar a los gremios éstos no podían contemplar en la práctica estrategia alguna conducente a reemplazarlo. La lógica de su función de líderes sindicales inevitablemente los comprometía con la realización de negociaciones donde debían hacer concesiones y a la vez valerse de los derechos concedidos a ellos por el sistema e insistir en ellos. Lo cual se demostró claramente en las negociaciones relativas a la devolución de la CGT a los gremios. Cardozo y otros sostuvieron que la devolución de la central obrera era una prioridad absoluta para los sindicatos peronistas, por lo que se debía adoptar una actitud moderada para inducir a Frondizi a cumplir con la prometida restitución. En 1959 y 1960 las 62 Organizaciones rechazaron esta posición. Se argumentó que aceptar la devolución de la CGT en los términos de Frondizi se limitaría a embarcar más aún a los sindicatos en compromisos y negociaciones y otorgaría credibilidad a un gobierno ilegítimo. Sin embargo, cuando en fecha avanzada de 1960 Frondizi propuso celebrar conversaciones para fundar una comisión de gremialistas peronistas y no peronistas que prepararía un congreso de la CGT, en la práctica les resultó imposible a los líderes peronistas ignorar la Invitación. Una CGT recuperada significaría obviamente un paso adelante en materia de organización y unidad de la clase trabajadora, aun cuando fuera también un paso hacia la integración de los sindicatos peronistas a un statu quo que excluía el retorno directo de Perón o del peronismo al poder.⁶²

Sin embargo, aunque la lógica del integracionismo fuera irrefutable, en la práctica no fue aceptada con facilidad. Ello se debió ante todo a la aspereza misma de los conflictos de 1959, la dureza de las derrotas y la represión que las siguió. Los proyectos integracionistas de Frondizi fueron aplicados a continuación de un plan de estabilización que había rebajado radicalmente los niveles de vida y que había sido respaldado por la represión en manos del Estado y los empresarios. Participar en negociaciones y compromisos y defender lo que en último término parecía estar en juego en el sistema, inevitablemente suponía archivar hasta un futuro distante y nebuloso las principales aspiraciones subyacentes en la lucha de los trabajadores desde 1955, ante todo, el retorno de Perón. En verdad el objetivo abiertamente declarado de la política de Frondizi era ni más ni menos que divorciar a Perón del movimiento peronista y en especial de su ala sindical. De este modo los intereses institucionales de los líderes gremiales prevalecerían sobre los intereses políticos, de índole más general, del movimiento peronista. Tal había sido el conflicto de intereses francamente planteado por Cardozo en el quinto congreso de su sindicato y que había emergido, también, en los primeros meses del gobierno frondicista.

La oposición a la lógica del integracionismo se basó en el terreno donde se sentía fuerte: la moralidad y los valores que habían formado parte de la resistencia a Aramburu y a Frondizi y que constituían, según hemos visto, un legado ideológico decisivo de esa experiencia. Los argumentos de Cardozo fueron condenados por considerárselos una traición al heroísmo y el sufrimiento de toda la clase obrera y de los activistas en particular, así como una deslealtad personal a Perón. El principal mal del integracionismo consistía entonces en la cobardía personal y en la traición a que arrastraba a ciertos líderes. En la asamblea que las 62 Organizaciones realizaron en mayo de 1960, el comité coordinador presentó un documento donde se analizaba la situación general del movimiento y entre otros conceptos se expresaba:

“[...] hemos visto a compañeros que por intereses mezquinos o debilidad de espíritu abandonan la lucha en pro de la unidad de los trabajadores [...] refugiándose dentro del capuchón de sus gremios en tareas meramente administrativas, que les permitirá seguir al frente del gremio pero jamás conduciendo a los trabajadores [...] no solamente se es traidor cuando se comete un acto determinado de la entrega al enemigo o adversario, sino cuando por razones de ambición y comodidad se trata de defender con sistemas la posición retraída no

⁶² Entrevista con Jorge Di Pascuale, Buenos Aires, enero de 1974. Di Pascuale me confirmó el dilema en que se encontraban los activistas de línea dura. Reconocían todo lo que significaba aceptar de vuelta la CGT en los términos de Frondizi, pero no podían ignorar las oportunidades brindadas por éste.

confesando la verdad de una cobardía para enfrentar junto con toda la clase trabajadora a nuestros enemigos declarados que son: el Poder Ejecutivo y las fuerzas del capital.”⁶³

El documento, escrito en gran medida bajo la influencia del sector más militante del peronismo sindical, apuntaba claramente a un fenómeno importante –la desmoralización de cierto nivel de líderes y activistas–, pero no acertaba a encontrar las raíces de ese fenómeno en las derrotas de 1959 y en los problemas generales que enfrentaba el movimiento sindical. En cambio depositaba firmemente la responsabilidad en las cualidades morales personales:

“Cuando vemos a las patronales reaccionarias unidas en una sola política de destruir organizaciones obreras, corresponde mirar dentro de nosotros mismos y comprender que más que el avance de la reacción, se nota el retroceso de timoratos y pusilánimes.”

La índole de la línea intransigente que había de ser llamada “línea dura”, salta a la vista en esa declaración. En particular se advierte de manera clara su actitud fundamentalmente moral. Reconociendo los signos de creciente desmoralización y tendencia al compromiso, esos militantes consideraron que el problema era esencialmente de vicios como la timidez, la vacilación, la cobardía y la deshonestidad. Como solución proponían poner el énfasis en las virtudes, igualmente subjetivas, del temple, la intransigencia y la lealtad, de cumplir la palabra, dada “a los que han luchado” y ser leales a Perón.

No se debe subestimar el poder de esa actitud. Por lo menos proporcionaba una norma de conducta emocionalmente satisfactoria en tiempos difíciles. La línea dura consistió formalmente en una mayoría que prevaleció en el seno de las 62 Organizaciones durante todo el gobierno de Frondizi, dirigida por Jorge Di Pascuale, Sebastián Borro, Juan Racchini y Juan Jonsch. No puede decirse que existiera realmente una “línea blanda”: pocos líderes sindicales podían exponerse a concordar públicamente con Cardozo. Pero en definitiva la moralidad no era un escudo suficiente, ni una base factible para una estrategia sindical específica, por más que pudiera ofrecer un fundamento válido para las acciones de los individuos. En un tiempo había parecido existir la posibilidad de elaborar dentro del peronismo una ideología de línea radicalizada, que podría haber expresado en términos formales la militancia y el sentimiento de conflicto de clases que impregnaron ese período. La verdad es que el *potencial* de esa ideología figuró en los elementos del contradiscurso nacidos en el período 1955-58. Pero la coyuntura institucional general, así como las derrotas y la desmovilización de 1959 y después, conspiraron igualmente contra esa evolución. En último término la “línea dura” se convirtió en un estado de ánimo, una actitud, una “estructura de sentimiento”, más que en una posición política e ideológica articulada. Para muchos militantes esto no pareció constituir una desventaja y, por cierto, la moralidad, el temple y “la palabra cumplida” dieron a un núcleo militante del sindicalismo peronista la capacidad para sobrevivir al abandono de las esperanzas y a las desilusiones de los años siguientes. A otros, el creciente poder de la cúpula sindical y la lógica del compromiso los llevó a ponerse de acuerdo con esa cúpula, o a buscar una alternativa coherente de ideología y organización en las teorías del “foquismo” y la guerrilla.

⁶³ *Documentos del Plenario Nacional de las 62 Organizaciones*, Buenos Aires, mayo de 1960.

BIBLIOGRAFÍA

Diarios, periódicos y revistas

Las fechas se refieren en general a los años consultados y no son sinónimos de todo el tiempo durante el cual aparecieron las publicaciones en cuestión. La mayor parte de la prensa peronista publicada en el período 1955-59 se editó, en el mejor de los casos, en condiciones semiclandestinas, es decir, con muchas restricciones. De allí que la publicación fuese esporádica y no alcanzara a veces más que una o dos ediciones.

- Argentina en Marcha*, 1960, semanario frondicista.
Así, 1970, revista semanal.
Avanzada Socialista, 1972-74, semanario del partido Socialista de los Trabajadores.
Azul y Blanco, 1956-58, semanario nacionalista y antiaramburista.
La Causa Peronista, 1974, semanario de JP/Montoneros.
Che, 1961, semanario del partido Socialista de Vanguardia.
Clarín, diario nacional.
Compañero, 1963, peronista independiente de línea dura.
Crisol del Litoral, 1955, hoja informativa independiente, pro peronista, editada por activistas de base de Puerto General San Martín, Santa Fe.
Crítica, diario nacional.
El Cuarenta, 1957, hoja informativa independiente, pro peronista, de la zona rosarina.
Cuestionario, 1974, revista semanal.
La Democracia, 1960, diario frondicista.
El Descamisado, 1973-74, semanario de JP/Montoneros.
Descartes, 1962, semanario peronista controlado por las 62 Organizaciones.
En Lucha, órgano del Movimiento Revolucionario 17 de octubre, 1974, peronista revolucionario.
Frente Obrero, 1956, peronista.
Intersindical, 1972, pro comunista.
Juancito, 1957, hoja informativa barrial, peronista, de Rosario.
Justicialismo, 1963, semanario peronista, pro 62 Organizaciones.
Línea Dura, 1958, semanario peronista semioficial, dirigido por John William Cooke.
Lucha Obrera, 1955, trotskista/peronista.
Mayoría, 1957-59, semanario pro frondicista.
Militancia, 1973-74, pro peronista revolucionario.
La Nación, diario nacional.
The New York Times, diario estadounidense.
Noticias Gráficas, 1955-62, diario nacional.
Nuestro Pueblo, 1959-60, semanario pro frondicista.
Nueva Era, 1955-58, periódico mensual del Partido Comunista argentino.
Nuevo Hombre, 1971, semanario pro guerrillero conectado con la izquierda católica.
Palabra Argentina, 1955-59, semanario pro peronista.
Palabra Obrera, 1958-63, trotskista, pro peronista.
“Peronismo: el exilio, 1955-73”, *Cuadernos de Marcha*, n° 71, 1973, número especial.
El Popular, 1963-64, semanario pro comunista.
Primera Plana: historia del peronismo, 1965-66.
Pueblo Unido, 1959, semanario peronista.
Qué pasó en siete días (Qué), 1955-59, revista semanal pro frondicista.
La Razón, diario nacional.
Review of the River Plate, revista semanal.
Siete Días, 1973, revista semanal.
El Soberano, 1959, grupos clandestinos.
Unidad Obrera, 1956, trotskista, pro peronista.

La Vanguardia, 1955-57, diario del Partido Socialista.
La Verdad, 1955-56, trotskista, pro peronista.
¡Ya!, 1973, pro Juventud Peronista.

Materiales sindicales

Agrupación Obrera, “Obreros Argentinos”, volante de las bases, sin fecha, archivo del autor.
Agrupamiento Sindical Argentino, volante sin título ni fecha, archivo del autor.
El Alpargatero, 1960. periódico de las bases, planta textil de Alpargatas, Barracas, Buenos Aires.
AOT, 1955-66. periódico de la Asociación Obrera Textil.
Boletín de Huelga, diciembre de 1956, Unión Obrera Metalúrgica.
Confederación General del Trabajo, *Boletín Informativo Semanal*, 1963-66, dirigido por Luis Angeleri.
CGT, 1955, periódico de la CGT bajo el régimen peronista. Tres números aparecidos en setiembre/octubre de 1955.
El porqué de la Semana de Protesta, mayo de 1963, folleto.
La CGT convoca al pueblo a Cabildo Abierto, tercera etapa del Plan de Lucha, julio de 1964, folleto.
La CGT y el Plan de Lucha, cuarta etapa, noviembre de 1964, folleto.
Ocupación por 3.913.000 trabajadores de 11.000 establecimientos, junio de 1964, folleto.
La CGT en marcha hacía un cambio de estructuras, enero de 1965. folleto.
Curso de capacitación sindical, 25 de noviembre de 1966, Asociación de Trabajadores de la Sanidad Argentina (ATSA).
Dinamis, 1965-66, revista del Sindicato de Trabajadores de Luz y Fuerza.
Documentación e Información Laboral, 1960-66, boletín mensual de temas gremiales, dirigido por Leonardo Dimase.
Documentos del Plenario Nacional de las 62 Organizaciones, diciembre de 1959.
Documentos del Plenario Nacional de las 62 Organizaciones, 20 de mayo de 1960.
Estatuto de la Asociación Obrera Textil, 14 de diciembre de 1966.
Estatuto del Sindicato Unido de Petroleros del Estado, 1965.
Memoria y Balance, XI Congreso Nacional de la AOT, 22, 23 y 24 de marzo de 1968.
El Obrero Ferroviario, 1955, periódico de la Unión Ferroviaria.
Pautas para una política nacional. Sindicato de Trabajadores de Luz y Fuerza, 1970.
Petróleo Argentino, 1960-66, periódico de la Federación de Sindicatos Unidos de Petroleros del Estado (SUPE).
El Trabajador de la Carne, 1958-60, periódico de la Federación de Trabajadores de la Industria de la Carne.
El Vitivinícola, 1957, periódico de la Unión Obrera Vitivinícola.

Fuentes gubernamentales

Banco Central de la Nación, Origen del producto y distribución del ingreso, 1950-1969, suplemento del boletín estadístico, n° 1, enero de 1971.
CGE - Consejo Federal de Inversiones, programa conjunto, vol. 3, 1964.
Consejo Nacional de Desarrollo, Plan nacional de desarrollo, Buenos Aires, 1970.
Ministerio de Trabajo y Previsión: *Nuevo régimen de remuneraciones y de las convenciones colectivas de trabajo*, Buenos Aires, 1956. Laudo del tribunal arbitral, n° 63/1956, Buenos Aires, 1956.
Ministerio de Trabajo y Seguridad Social: *Conflictos de trabajo*, Buenos Aires, 1961.
Convención colectiva de la industria textil, n° 155/1960, Buenos Aires, 1960.
Convención colectiva de la industria metalúrgica, n° 55/1960, Buenos Aires, 1960.
Censo nacional de asociaciones profesionales, Buenos Aires, 1965.

Ministerio de Trabajo: *Asociaciones profesionales de trabajadores*, ley 14.255, decretos 969/66 y 2477/70, Buenos Aires, 1970
“Informe sobre las actas del Congreso Nacional de Productividad y Bienestar Social”, Buenos Aires, marzo de 1955, Hechos e Ideas, 1955.
Servicio Internacional de Publicaciones Argentinas, “Emancipation of the Workers”, Buenos Aires, 1953.

Entrevistas

Herminio Alonso, Buenos Aires, diciembre de 1976.
Belloni, Buenos Aires, enero/febrero de 1974.
Alberto Bordaberry, Buenos Aires, octubre de 1977.
Sebastián Borro, Buenos Aires, febrero de 1974.
Tito Dragovitch, Buenos Aires, setiembre de 1976.
Lautaro Ferlini, Buenos Aires, noviembre/diciembre de 1976.
Ramiro González, Rosario, noviembre de 1976.
Ernesto González, Buenos Aires, febrero de 1974.
Hopen, Buenos Aires, marzo de 1974.
Enrique Micó, Buenos Aires, febrero de 1974.
Jorge Di Pascuale, Buenos Aires, febrero de 1974.

Fuentes secundarias: libros, artículos, folletos

Allen, V. L.: *Militant trade unionism*, Londres, 1971.
Bourdieu, Pierre: *Outline of a Theory of Practice*, Cambridge, 1977.
Braun, Oscar: *El capitalismo argentino en crisis*, Buenos Aires, 1973.
Brid, Juan Carlos: “Quince años de resistencia”, *Nuevo Hombre*, 8 de agosto de 1971. 12 de septiembre de 1971.
Cabo, Dardo, y Roa, Ricardo: “Duros y negociadores en el movimiento peronista”, *Nuevo Hombre*, 15 de setiembre de 1971.
Cantón, Darío: *Elecciones y partidos políticos en la Argentina*, Buenos Aires, 1973.
—: *El parlamento argentino en épocas de cambio*, 1890. 1916 y 1946, Buenos Aires, 1966.
Carri, Roberto: *Sindicatos y poder en la Argentina*, Buenos Aires, 1967. “La Resistencia peronista: crónica por los resistentes”, *Antropología del Tercer Mundo*, junio de 1972.
Chauí, Marilena: *Cultura e democracia, o discurso competente e outras falas*, San Pablo, 1982.
Cimazo, Jacinto, y Grunfeld, José: *Luis Danussi en el movimiento social y obrero argentino*, Buenos Aires, 1976.
Ciria, Alberto: *Parties and Power in Modern Argentina*, 1930-1946, Albany, 1969.
Colom, Eduardo: *El 17 de octubre, la revolución de los descamisados*, Buenos Aires, 1946.
Cooke, John William: “Peronismo y lucha de clases”, *Cristianismo y Revolución*, octubre/noviembre de 1966.
Correa, Jorge: *Los jerarcas sindicales*, Buenos Aires, 1972.
—: “Crónica por un resistente: crónicas de la Resistencia”, *Antropología del Tercer Mundo*, agosto de 1972.
Delich, Francisco: *Crisis y protesta social: Córdoba, mayo 1969*, Buenos Aires, 1970.
Díaz, Hamilton Alberto: *Curso de guerra contrarrevolucionaria: lucha contra el terrorismo*, Servicio de Información del Ejército, Escuela Superior de Guerra, Buenos Aires, 19 de octubre de 1961.
Doyon, Louise: “El crecimiento sindical bajo el peronismo”, *Desarrollo Económico*, vol. 15, n° 57, 1975, págs. 151-61.
—: “Conflictos obreros durante el régimen peronista, 1946-1955”, *Desarrollo Económico*, vol. 17, no 67, 1977, págs. 437-73.
Economic Commission for Latin America (CEPAL): *Economic Development and Income Distribution in Argentina*, Nueva York, 1969.

- Evans, Judith:** “Tango and popular culture in Buenos Aires”, trabajo presentado ante la conferencia de la American Historical Association, Washington, 1980.
- Evans, Judith, y James, Daniel:** “Reflections on Argentine automobile Workers and their history”, en Richard Kronish y Kermeth Mericle, comps.: *The Political Economy of the Latin American Motor Vehicle Industry*, Cambridge, Massachusetts, 1984.
- Fayt, Carlos:** *La naturaleza del peronismo*, Buenos Aires, 1967.
- Franco, Luis:** *Biografía patria*, Buenos Aires, 1958.
- Frigerio, Rogelio:** *Los cuatro años*, Buenos Aires, 1962.
—: *Introducción a los problemas nacionales*, Buenos Aires, 1965.
- Fronzizi, Arturo:** *Petróleo y política*, 3ª ed., Buenos Aires, 1960. *Política económica nacional*, Buenos Aires, 1963.
- Gálvez, Manuel:** *En el mundo de los seres reales*, Buenos Aires, 1955.
- García, Miguel Ángel:** *Peronismo: desarrollo económico y lucha de clases en Argentina*, Llobregat, 1979.
- Gazzera, Miguel:** “Nosotros los dirigentes”, en Norberto Ceresole y Miguel Gazzera: *Peronismo: autocrítica y perspectivas*, Buenos Aires, 1970.
- Germani, Gino:** *Política y sociedad en una época de transición*, Buenos Aires, 1962.
—: “El rol de los obreros y de los migrantes internos en los orígenes del peronismo”, *Desarrollo Económico*, vol. 13. n° 51. 1973, págs. 435-88.
- Gèze, François y Labrousse, Alain:** *Argentine: révolution et contre-révolution*, París, 1975.
- Gobello, José:** *Diccionario lunfardo y otros términos antiguos y modernos usados en Buenos Aires*, Buenos Aires, 1975.
- Goldar, Ernesto:** “La literatura peronista”, en Gonzalo Cárdenas y otros: *El peronismo*, Buenos Aires, 1969.
- Gouldner, Alvin:** “Metaphysical pathos and the theory of bureaucracy”, en L. A. Coser y B. Rosenburg. comps.: *Sociological Theory*, Nueva York, 1964.
- Halperin Donghi, Tulio:** “Algunas observaciones sobre Germani, el surgimiento del peronismo y los migrantes internos”, *Desarrollo Económico*, vol. 15, n° 56, 1975. págs. 765-81.
- Hyman, Richard:** *Marxism and the Sociology of Trade Unionism*, Londres, 1972.
- Imaz, José Luis de:** *Los que mandan*, Albany, 1976.
- Iscaro, Rubens:** *Historia del Movimiento Sindical*, vol. 1, Buenos Aires, 1974.
- Jelin, Elizabeth:** “Los conflictos laborales en Argentina. 1973-1976”, CEDES, Estudios Sociales, n° 9, Buenos Aires, 1977.
- Laclau, Ernesto:** *Politics and Ideology in Marxist theory*, Londres, 1977.
- Lefort, Claude:** *¿Qué es la burocracia?*, París, 1970.
- Little, Walter:** “Political integration in Peronist Argentina”, tesis de doctorado, Universidad de Cambridge, 1971.
—: “La organización obrera y el Estado peronista”, *Desarrollo Económico*, vol. 19. no 75, 1979, págs. 331-76.
- Llach, Juan José:** “El Plan Pinedo de 1940: su significación histórica y los orígenes de la economía política del Peronismo”, *Desarrollo Económico*, vol. 23, no 92, 1984, págs. 515-58.
- Luna, Félix:** *El 45: crónica de un año decisivo*, Buenos Aires, 1969.
—: *Alvear*, Buenos Aires, 1958.
- Mafud, Julio:** *Sociología del Peronismo*, Buenos Aires, 1972.
—: *La vida obrera en la Argentina*, Buenos Aires, 1976.
- Mallon, Richard y Sourrouille, Juan:** *Economic Policy Making in a Conflict Society*, Cambridge, Massachusetts, 1975.
- Matsushita, Hiroshi:** *El movimiento obrero argentino, 1930-1945: sus proyecciones en los orígenes del peronismo*, Buenos Aires, 1983.
- Michels, Robert:** *Political Parties*, Glencoe, 1958.
- Murmis, Miguel y Portantiero, Juan Carlos:** “El movimiento obrero en los orígenes del peronismo”, *Estudios sobre los orígenes del peronismo*, vol. I, Buenos Aires, 1972.
—: “Crecimiento industrial y alianzas de clase en la Argentina, 1930-40”, *Estudios sobre los orígenes del peronismo*, vol. 1, Buenos Aires, 1972.

- O'Donnell, Guillermo:** *Un juego imposible: competiciones y coaliciones entre partidos políticos en la Argentina, 1955-1966*, Documento de Trabajo, Instituto Torcuato Di Tella, 1972.
- Pelletieri, Osvaldo:** *Enrique Santos Discépolo: obra poética*, Buenos Aires, 1976.
- Peña, Milcíades:** *El peronismo: selección de documentos para su historia*, Buenos Aires, 1973.
- Peralta Ramos, Mónica:** *Etapas de acumulación y alianzas de clase en la Argentina, 1930-70*, Buenos Aires, 1972.
- Perelman, Ángel:** *Cómo hicimos el 17 de octubre*, Buenos Aires, 1961.
- Perón, Juan Domingo:** *La fuerza es el derecho de las bestias*, Montevideo, 1957.
- : Carta a las 62 Organizaciones, 25 de junio de 1960, publicada como folleto por las 62 Organizaciones.
- : Entrevista con Enrique Pavón Pereyra, 1968, publicada en *Siete Días*, n° 312, 1973.
- : Carta a Antonio Caparrós, julio de 1969.
- Perón-Cooke,** *Correspondencia*, 2 volúmenes, Buenos Aires, 1972.
- Prieto, Ramón:** *El Pacto*, Buenos Aires, 1965.
- Real, Juan José:** *30 años de historia argentina*, Buenos Aires, 1962.
- Reyes, Cipriano:** *Cómo yo hice el 17 de octubre*, Buenos Aires, 1973.
- Rock, David:** *Politics in Argentina: the rise and fall of Radicalism, 1890-1930*, Cambridge, 1975.
- Roldán, I. M.:** *Sindicatos y protesta social en la Argentina: un estudio de caso, el Sindicato de Luz y Fuerza de Córdoba, 1969-1974*, Amsterdam, 1978.
- Rotondaro, Rubén:** *Realidad y cambio en el sindicalismo*, Buenos Aires, 1972.
- Roxborough, Ian:** "Unity and diversity in Latin American history", *Journal of Latin American History*, vol. 16, parte 1, 1984, págs. 1-26.
- Sartre, Jean-Paul:** *Critique of Dialectical Reason*, vol. I, Londres, 1976.
- : *The Communists and Peace*, Londres, 1969.
- Senén González, Santiago y Torre, Juan Carlos:** *Ejército y sindicatos*, Buenos Aires, 1969.
- Stedman Jones, Gareth:** *Languages of Class: studies in English working class history*, Cambridge, 1984.
- Tamarin, David:** *The Argentine Labor Movement, 1930-1945: a study in the origins of Peronism*, Albuquerque, 1985.
- Torre, Juan Carlos:** *El proceso político interno de los sindicatos argentinos*, Instituto Torcuato Di Tella, Documento de Trabajo n° 89, Buenos Aires, 1974.
- : *Los sindicatos en el gobierno, 1973-1976*, Buenos Aires, 1983.
- Vigo, Juan M.:** *La vida por Perón: crónicas de la Resistencia*, Buenos Aires, 1973.
- Viñas, Ismael:** *Orden y progreso: análisis del frondismo*, Buenos Aires, 1960.
- Walsh, Rodolfo:** *¿Quién mató a Rosendo?*, Buenos Aires, 1969.
- Williams, Raymond:** *Marxism and Literature*, Oxford, 1977.
- Wright Mills, C.:** *The New Men of Power*, Nueva York, 1948.
- Zuvekas (h.), Clarence:** "Economic growth and income distribution in post-war Argentina", *Inter American Economic Affairs*, vol. 20, n° 3, 1966. págs. 19-39.
- : "Argentine economic policy, 1958-1962: the Frondizi government's development plan", *Inter-American Economic Affairs*, vol. 22, n° 1, págs. 45-75.